

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 12 de *la Moda*.

1870. — TOMO XXXV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 29. — N° 910.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO

Sucesos del Paraguay; grabado. — Crítica literaria: La sepultura de Miguel de Cervantes. — Accidente en el ferrocarril de Poitiers; grabado. — Correspondencia de Egipto;

grabado. — Exposición de 1870 en el palacio de la Industria; grabados. — Revista de París. — Una soirée en mi tierra: Cuentos del caserío. — Literatura dramática: «El Agente secreto.» — El Caballero del Cisne. — La torre de Belem y el claustro de San Gerónimo en Portugal; grabados. — El

baño de los caballos en el Sena; grabados. — El Doctor Temis, novela original escrita por don José María Angel Gaitan. — M. Enrique Meiggs, constructor de los ferrocarriles de los Andes en el Perú; grabado. — Una aldea desconocida; grabado.



SUCESOS DEL PARAGUAY. — El conde de Eu con su estado mayor.

Sucesos del Paraguay.

El *Correo de Ultramar* se ha ocupado extensamente en su *Parte política* de los sucesos del Paraguay, ó sea la guerra que ha terminado con la derrota y la muerte del dictador Lopez; y por lo tanto nos limitaremos aquí á consignar una página al general en jefe que ha dirigido el ejército brasileño con un talento de consumado estrategista.

Nuestro dibujo, copiado de una fotografía, representa al señor conde de Eu con su estado mayor de campaña.

Gaston de Orleans, conde de Eu, hijo del duque de Nemours, nació en Neuilly (Paris) en 1842, y se casó en 1864 con la princesa imperial del Brasil, heredera de la corona.

En dos partes distintas se puede dividir la campaña de los aliados contra el Paraguay, la primera que concluyó con las victorias alcanzadas en Lombas Valentinas por los ancianos generales Caxias y Herval, y la segunda que ha terminado con la muerte del dictador Lopez en Aquidaban, á consecuencia del feliz golpe de mano del general Cámara.

Cuando se emprendió esta segunda parte de las operaciones que llaman la campaña de las Cordilleras, fué nombrado el conde de Eu comandante en jefe de los ejércitos brasileños de tierra y de mar.

El joven príncipe no ha desmerecido de su raza, pues tanto con su energía como con la acertada combinación de sus planes, ha logrado una serie de victorias que han puesto fin á una guerra que duraba hacia cinco años.

El príncipe es hoy muy popular en el Brasil, y en Rio Janeiro se le acaba de hacer una recepción entusiasta.

R. DE M.

Crítica literaria.

LA SEPULTURA DE MIGUEL DE CERVANTES.

Memoria escrita por encargo de la Academia española y leída á la misma por su director el marqués de Molins.

En la última Memoria en que el señor marqués de Molins, como presidente de la Academia española, da cuenta del estado y trabajos literarios de la misma, nos hace asistir á una sesión académica del año 36. Toma al lector en la Puerta del Sol, le lleva á la calle de Valverde, entonces todavía formada por edificios de aquellos que hacían exclamar dos siglos há á un escritor: *Solo Madrid es corte*, le introduce en « un portal tan negro y siniestro como los demás, » y por una escalera que dejaba poco que envidiar al portal, á una habitación que no tenía ni cortinas en las puertas, ni papel en las paredes, ni alfombras en el piso. Un modestísimo velon alumbraba la antecámara; en la sala principal había una enorme mesa cuadrilonga, cubierta de un tapete de badana, en partes remendada, en partes roto, por todos lados sucio con el sebo de las velas, que se corrían, « no de humildes, sino de baratas. »

El resto del ajuar, ó del mobiliario, como ahora decimos, no desdecía de lo expresado ni por la riqueza, ni por el estado de conservación, ni todo él por su aspecto vetusto, del de los personajes que de él se servían. Nadie, pues, podía dudar que la institución de Richelieu se había decididamente aclimatado en España al ver que había tomado el carácter de cabildo ó Junta de piadosos congregantes, propio antiguamente aquí de todo cuerpo colegiado.

Con el joven Roca de Togores penetró en ese año en la Academia aquella juventud de instintos artísticos, expansiva, no avara de pasiones generosas, ajena á los cálculos de interés material y á las combinaciones de medro personal consagrada toda entera á las letras, amándolas por ellas mismas, sin pedirles otra cosa que los puros gozos que procuran al espíritu y el rayo de celebridad que ilumina algunas veces á los que las cultivan, juventud que se adelantaba impetuosa á reemplazar á la generación fatigada que había asistido á las pos-trimerías del antiguo régimen, y que sintiendo llevar en sí el rejuvenecimiento político y literario de la nación, se precipitaba ruidosamente en la esfera agitada de la vida.

El señor marqués de Molins ha tenido la fortuna de conocer dos Academias, la de lo pasado y la de lo presente. A una y otra se complace en confundirlas en su Memoria: en sus discursos alternan los que pasaron con los presentes; de aquellos habla como de maestros ó amigos ausentes á cuya noticia pudiera llegar su afectuoso recuerdo, de estos valiéndose de alusiones en tan delicada forma que no alteran la mas susceptible modestia: la liberalidad en el elogio es una de las cualidades que tiene de común con los autores del *Viaje del Parnaso* y del *Laurel de Apolo*.

Si interesante es la Memoria por las noticias que da sobre los trabajos que ha llevado á feliz término la Academia, lo es mas por las promesas que contiene para lo futuro, entre las que descollaba la publicación de un trabajo especial en que quedaria demostrado que las cenizas de Cervantes reposan en el actual monasterio de

Trinitarias. La palabra tan solemnemente empeñada ha sido pronta y fielmente cumplida: el recinto de aquella casa religiosa es ya doblemente sagrado para todo español, como lo es para todo inglés el rincón de los poetas en la abadía de Westminster.

Del siglo anterior data el culto de la Academia á Cervantes. Ella ha repetido las ediciones del *Quijote*, poniendo á contribución los adelantos del arte tipográfico y del buril, ha trabajado por depurar el texto é ilustrar la vida del autor, y, personificando en él las glorias literarias de la nación, ha elegido el aniversario de su muerte y el templo trinitario para conmemorar anualmente á los cultivadores de las letras patrias que finaron. Recientemente ha exornado el muro que defiende su sepulcro con un monumento mas bello que el puesto á Corneille en la iglesia de San Roque en Paris, donde el príncipe de los poetas franceses yace también en ignorada sepultura. La Academia ha logrado unirse con lazo indisoluble á Cervantes; le ha impuesto su medalla como la orden trinitaria le impondría su escapulario de cautivo redimido, y llegará día en que el conserje del local designará al visitador el asiento que ocupaba el autor de *Don Quijote*.

La vida de Cervantes, que hace un siglo podía encerrarse en algunas páginas, gracias á la investigación paciente y perseverante, exige hoy no menos que un infolio. Ninguno de los hombres que en su tiempo fatigaron la fama, ni aun Lope de Vega, ni Hurtado de Mendoza ni don Alvaro de Bazan, ni aun el mismo duque de Alba, tuvieron su vida tan llena como este oscuro inválido. El perteneció un poco á esa clase de hombres, muy numerosa entonces, que una locución francesa moderna llama *declassés*, y de la que fué acabado tipo Agustín de Rojas, que dice de sí mismo:

« Fuí cuatro años estudiante, fuí page, fuí soldado, fuí pícaro, estuve cautivo, tiré la jábega, anduve al remo, fuí mercader, fuí caballero, fuí escribiente, y vine á ser representante. »

Pero en esa vida tan cuidadosamente rebuscada, quedaba siempre un punto negro que aclarar, el sitio que guardaba los restos del héroe, porque si bien no ofrecía duda que había sido sepultado en el monasterio de Trinitarias, un rumor á que había prestado alarmante consistencia el asentimiento de uno de los mas eruditos y beneméritos biógrafos, situaba á su muerte aquella casa en el apartado barrio del Humilladero.

La Academia, conformándose al espíritu del siglo, que si bien tiene horror á lo absoluto no gusta de verdades á medias, quiso depurar la verdad verdadera sobre la tumba de Cervantes: aterradora empresa que confió al señor marqués de Molins, comprendiendo que en la universal iglesia que rinde culto al gran escritor, nadie osaría disputar á su digno presidente el puesto de sumo pontífice. El marqués tomó con fe decidida su báculo de viajero y peregrino de archivo en archivo, campos casi todos espigados ya por mas de un erudito; pero á su vuelta el nuevo peregrino vació el saco de viaje y de él salieron materiales que, su ingenio y saber ayudando, dieron, no para un informe ó disertación, sino para un libro: libro hecho, no como una tarea impuesta que apremia concluir y entregar al público, sino que ha sido objeto de todos los escrúpulos de la mas estrecha conciencia literaria, hecho por el placer de hacerlo, como esas obras que los artífices de otros tiempos emprendían y acababan con amor, no para sacar utilidad, sino para mostrar hasta dónde podía llegar la habilidad de la mano.

La figura de Cervantes no necesita de la aureola de la leyenda, esa apoteosis popular de los hombres superiores para ennoblecer y dar interés á cuanto toca. Natural simpático como el de su caballero desfacedor de entuertos; inclinado como este á suponer en los otros los generosos sentimientos de que él se sentía animado, sobrellevando su miseria con melancolía sonriente, tuvo la fortuna de conservar hasta la última hora en todo su vigor su alta y poderosa inteligencia, no habiendo experimentado los tormentos de espíritu que se siente declinar. No debió á los hombres ninguna de esas distinciones tras de que corre la vanidad, ni tuvo otra dignidad que la que solo concede la Providencia, la del ingenio, porque como dice madama de Sevigné: « *L'esprit est une dignité*; » dignidad que le ayudó á atravesar sin baja tiempos y situaciones difíciles.

Adquirió su ciencia en lo que él llamaba el gran libro, el mundo, y sus contemporáneos, no viéndolo en su pobre vivienda biblioteca, ni sus obras erizadas de citas y apostillas, ni su nombre escollado de grados ni títulos, le calificaron de *ingenio lego*. Original, como todo verdadero genio, no creían en la traducción. Compartió con Shakespeare y Goethe el don supremo de crear tipos femeninos que se fijan para siempre en la memoria, y tuvo el privilegio de expresar una de las facultades del genio de nuestra nación, la de dar á las creaciones de la imaginación contornos concretos y relieve sólido. La literatura caballeresca la encontró combatida por declamadores; él le aplicó el ridículo, idea que no era fácil que ocurriera, porque aquella literatura antes del libro de Cervantes no tenía nada de ridícula ni absurda.

No había cosa mas común en la edad media que esos aventureros que se formaban una compañía y con ella partían para Oriente á conquistar un principado; en todos los países de Europa había gentes que hablaban de parientes suyos príncipes de Acaya, duques de Atenas, etc.; las proezas de los caballeros andantes conquistadores de estados é imperios, era la historia de todos los días en los siglos XIII y XIV; la ficción

se hacia en vista de la realidad, si bien exagerándola; en nuestro tiempo priva para la novela el tipo del millonario; el millon nos embriaga; pues en aquel momento de la edad media el principado hacia perder la cabeza.

Así es que no se combatía tal literatura por extravagante ó disparatada, sino como libros profanos perjudiciales á las buenas costumbres, consecuencia de la tendencia mística que cada día se iba pronunciando mas en la sociedad española. El clero pedía fuesen quemados públicamente, lo que yo creo que sugirió á Cervantes la idea del famoso escrutinio. No sabiendo que ninguno de sus numerosos comentadores haya observado este hecho, trasladaré las palabras de un coetáneo que expresan la opinión generalizada en aquella clase:

« Y lo peor es, muchas veces y casi siempre, sirven los tales libros profanos de provocar á deshonestidad los castos oídos de las doncellas y dueñas que los leen. Es cosa que cierto me espanta, cómo entre tantos libros, como se han condenado en nuestros días, no se han mandado quemar públicamente estos Amadis, Reinaldos, Esplandianes y otros portentos de libros, que con tanto atrevimiento han osado usurpar el honestísimo y santo nombre de historia. »

Así hablaba el doctor Gonzalo de Illescas en el prólogo de su *Historia pontifical y católica*, uno de los libros mas populares y mas veces reimprimados de la segunda mitad del siglo XVI, que era una calorosa defensa apoligética del pontificado y del catolicismo, escrita para que estuviera al alcance de todas las inteligencias « con palabras tomadas de en medio de la plaza. »

Eco de la opinión de que Illescas era órgano, fueron la sobrina de don Quijote y el cura de su aldea al decir la primera: « Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes... para que... quemaran todos estos descomulgados libros, que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes. Esto digo yo también, dijo el cura, y á fe que no se pasa del día de mañana sin que de ello no se haga acto público, y sean condenados al fuego. »

En mas elevada gerarquía no se opinaba de otra manera. El canónigo, que confesaba haber tenido veleidades de componer un libro de caballerías modelo, idea de que había desistido por hallarla poco conforme con su estado decía: « Cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor de ellos en la pared, y aun diera con él en el fuego, si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena. »

Es de notar, que de los libros que cita Illescas como tipos de género, y por lo tanto principalmente merecedores de la última pena, uno solo, las *Jergas de Esplandiar*, es condenado en el escrutinio; los demás se salvan. Cervantes trató, pues, de rectificar la opinión extrema, demasiado absoluta y extraviada, que condenaba á carga cerrada, y sin hacer cata y cala los libros de pasatiempo; él vino en auxilio del buen sentido, comprometido en la lucha empeñada entre dos literaturas, una caballeresca hasta la locura, y otra mística hasta el éxtasis.

Pero volvamos al libro de cuyo exámen nos ha distraído la contemplación de la figura de Cervantes, en la que siempre que se fija la atención, se descubren lados nuevos é inexplorados. Los puntos que se dilucidan son: dónde y cuándo fué fundado el convento de Trinitarias; en qué tiempo estuvo en la calle del Humilladero; si hubo ó no traslación de los restos mortales antes sepultados; si entraron en dicha comunidad doña Isabel de Saavedra, hija de Cervantes, y su madre; si estas conocieron allí á doña Marcela del Carpio, hija de Lope de Vega, y qué relaciones existieron entre aquella comunidad, Cervantes, Lope y otros ingenios del siglo XVII.

La historia de la comunidad trinitaria viene á colocarse naturalmente bajo la pluma del escritor. Se necesita esfuerzo de ingenio, magia de estilo y arte infinito, para á nuestra generación emancipada, preocupada de negocios y placeres, que devora el espacio y que valúa los progresos del Estado por el aumento de la riqueza, hacer interesantes esos seres contemplativos, que viven para la muerte, prontos á sacrificar á las esperanzas de la vida futura los bienes y realidades de la presente, y cuyo ideal se compone de celibato, pobreza y obediencia.

El convento de Trinitarias de Madrid debió su origen, cuatro años antes de la muerte de Cervantes, á una señora que tenía una vanidad muy frecuente entonces, la vanidad de las fundaciones, y que quería vivir teniendo un pie en el siglo y otro en el claustro; las monjas acabaron por colocarse bajo distinto patronato, y allí por los años de 1639 resolvieron trasladarse á la calle del Humilladero, para mejorar de local, pero solo residieron allí poco mas de un año, por tocar mayores inconvenientes que tenía el que habían dejado.

Todo esto está admirablemente comprobado y puesto en claro. La permanencia del convento en agosto de 1616, esto es, cuatro meses despues de la muerte de Cervantes, en el sitio que hoy ocupa y fué fundado, está justificada con un documento sumamente curioso, una real cédula expedida por el Consejo autorizando la expropiación á favor del convento de una casa contigua á su iglesia, porque siendo de huéspedes posaban en ella comediantes que con sus ensayos y pendeencias turbaban el oficio divino, y hasta había acontecido parar en ella « un inglés hereje, que pudiera hacer

irrisión de nuestra santa fe y Santísimo Sacramento del altar, rompiendo el tabique, sacar el Santísimo Sacramento y hacer otras irreverencias, » temor no infundado, pues no eran raros los casos de raptos del Sacramento y profanación de imágenes, hechos que naturalmente se atribuían á los herejes; pero asombra que siendo tan generales en la nación la prevención y ojeriza contra los ingleses herejes, que hasta el mismo Consejo participaba de ellas, como este y otros documentos lo demuestran, se creyera que podía ser aceptado el príncipe de Gales para esposo de una infanta.

De la breve estancia de la comunidad en la calle del Humilladero dan testimonio la crónica impresa de los Trinitarios Descalzos, y sobre todo un Códice, que es uno de los buenos hallazgos que ha tenido el señor marqués de Molins, en que se halla, entre otras vidas de religiosas, la de la superiora en aquel tiempo, escrita de puño de una de aquellas, testigo y partícipe de los hechos, en que constan cuantas particularidades pueden desearse, cual si se hubiera redactado en la previsión del servicio que algún día aquella ingeniosa relación estaba llamada á prestar. Y este es uno de los ejemplos de cuán diferentes narradores son los hombres de las mujeres.

El autor de la crónica consigna claramente el hecho, indicando el motivo de la traslación y de la vuelta, la fecha y el tiempo que trascurrió; la religiosa descende á encantadores detalles, y nos hace asistir á la discusión de la idea, á los incidentes de la mudanza y á las tribulaciones que pasaron en la nueva casa, no olvidando la parte de maravilloso que en ello intervino. Los hombres resumen todo; el fondo del asunto es lo que les importa; solo las mujeres saben el valor de un detalle.

Uno de los motivos que determinaron á las religiosas á volver al entonces animado barrio de la calle de Leon, colonia de recogijada, maleante y pecadora de todo sexo y condicion, fué el buen ejemplo que allí daban, y « ser causa de que se evitasen muchos pecados de la vecindad, pues se sabe de cierto que muchos se quitaron del estado de culpa, y se pasaron al de gracia, porque pasando por delante de la iglesia, de oír rezar y tomar disciplina á las religiosas, se mejoraban, etc. »

Diríase hermanas de la caridad, que sin acordarse del peligro de contagiarse, se lanzan á un foco apestado para disputar las víctimas á la epidemia. Yo recuerdo haber leído en la vida de una santa de aquel tiempo, que iba á las casas de pecadoras, y á su vista descargaba sobre sus espaldas desnudas una cruelesísima disciplina, con lo que lograba muchas conversiones, hasta entre las mas empedernidas en el pecado.

Para averiguar bajo qué nombres se ocultaron en aquel claustro Isabel de Saavedra y su madre, el señor marqués de Molins ha tenido que ir reconociendo una por una las monjas que lo habitaron durante la primera mitad del siglo XVII. Todas ellas fueron almas piadosas, de esa piedad dulce que es para el corazón de una mujer una poesía y una salvaguardia; se adivina su mirada plácida, como de quien no ha vivido, ni tampoco sufrido; figuras inmóviles ante los umbrales del pensamiento sin sentir deseos de traspasarlos; entre ellas no aparece ninguna de esas mujeres de mundo que buscan el retiro para pasar los últimos años de su vida derribadas al pie del crucifijo pidiéndole perdón de haber sido bellas y de haber sido amadas.

No puede darse figuras mas poéticas que las de Isabel de Saavedra y Marcela del Carpio, conviviendo en el mismo monasterio. En el siglo probablemente ni aun se habrían conocido: Isabel habría vivido de cuidar la ropa de la casa de algún grande, como su tía Andrea, aquella hermana de Cervantes que dió su dote para ayudar á su rescate, mientras que Marcela, rica, reflejando un nombre popular y heredera del estro de su padre, se habría enlazado brillantemente, y gozado de todos los halagos de la fortuna. Pero la puerta regular de un convento es un nivel que arrasa todas las desigualdades sociales, y puede creerse que Isabel y Marcela, no solo se conocieron, sino que autoriza á pensar debió existir entre ellas particular simpatía, la afinidad de circunstancias, tales como el vivir de las letras sus padres, y la irregularidad del nacimiento.

Es grato figurarse á esas dos mujeres sobre que descansaban nombres abrumadores, vestidas de sus hábitos blancos con la sencilla cruz azul y roja al pecho, como se suelen representar las imaginaciones románticas á las bellezas claustradas, sentadas al caer de la tarde á la sombra de aquellos « árboles copados » y « abundantes parras, » de que habla en sus poesías Marcela, cambiar recuerdos, conmemorar hechos paternales de que solo entre sí no les daría empacho hablar y repetir trozos de prosa y verso que en el hogar paterno habrían aprendido: asunto pictórico es propio para tentar la inspiración de un pintor de género histórico.

Las cenizas de Cervantes, yacen, pues, allí sin género de duda, en compañía de las de su esposa doña Catalina de Salazar, de su hija Isabel de Saavedra y de Marcela del Carpio. Última desdicha del lisiado en Lepanto juzgan algunos ser el haberse dispersado y confundido sus restos en el enterramiento comun en que se les depuso. Yo no la considero tal, y tengo la inmodestia de creer que si fuese posible consultarle me daría razón.

Suponed que aquella sociedad hubiese comprendido y apreciado el mérito del eminente ingenio, y que teniendo la veneración un poco pagana de la nuestra

por los restos de los grandes hombres, hubiese cuidado de conservar los de este en particular sepulcro ó urna cineraria; pues ved á lo que estaban expuestos: un día podría un poder á quien viniese la fantasía de coleccionar restos de grandes hombres, y ¿ creéis que se detendría ante la última morada que se eligió Cervantes? »

Sus cenizas, embaladas, rotuladas, numeradas y registradas, viajarían en tren de mercancías para ir á codearse con desconocidos, entre quienes probablemente se hallaría todavía mas fuera de lugar, de la que está en el fresco de Kaulbach, que representa la reforma, en la escalera del Museo de Berlín, para los que saben que fué el segundo que acudió á inscribirse en una cofradía que se instituyó en desagravio de los excesos que cometían los protestantes.

Cervantes, con lo que mas amó, tiene por inseparable sepulcro el monasterio de Trinitarias, protección de ultratumba que recibe de él su predilecta comunidad. Las órdenes redentoristas han entrado para no salir en la historia literaria de España; la de la Trinidad con el autor del *Quijote*, la de la Merced con el del *Burlador de Sevilla*. Don Quijote y don Juan, tipos universales, ¡eternos! no morirán, porque en literatura solo muere lo que no es de su tiempo, pero no lo que es de todos los tiempos.

Resolviéndonos á poner fin á este artículo, ya largo, aunque no tanto, sin embargo, como el trabajo que examinamos lo exige, diremos que el señor marqués de Molins, en uno de los eruditos apéndices, titulado *Paseo por las casas y barrio de Cervantes*, nos traslada al Madrid de aquella época, haciéndonos conocer casa por casa y vecino por vecino la sociedad en que vivió el insigne pensionado del conde de Lemus. Muchos lectores tendrán este libro, y no habrá uno que al pasar por delante del austero edificio de las Trinitarias, silencioso como una tumba, deje de repetir con el autor: « ¡ Pobres y memorables paredes, que han presenciado los consuelos de Cervantes, y los triunfos de Lope y los lances de Calderón! »

José GODOY ALCANTARA.

(De la Epoca.)

Accidente en el ferro-carril de Poitiers.

Una terrible catástrofe ha tenido lugar el viernes 28 de mayo á algunos kilómetros de Poitiers en el trozo de la línea que pone á esta ciudad en comunicación con Saint-Sulpice Lauriere.

El tren-correo mixto de Limoges que entra en la estación de Poitiers á las nueve y cuarenta y siete minutos de la mañana, acababa de llegar á la distancia de unos 100 metros de la entrada del tunel de Saint-Benoit, última estación antes de la de Poitiers, á un sitio llamado Mauroc, donde la vía, trazada sobre un terreno casi cortado á pico, domina la llanura del Clain desde una elevación de cosa de 25 metros, formando una especie de precipicio á cuyo pié se extiende una pradera asaz estrecha que termina en punta. Mas allá de la pradera el terreno termina en el Clain.

Eran á poca diferencia las nueve y media cuando el tren llegaba á este peligroso paso del Mauroc, en que la vía, dominando el precipicio segun llevamos dicho, forma además una curva bastante pronunciada antes de pasar por el tunel.

De repente se rompe el eje de un wagon de carbon que iba sin carga, de lo cual resulta un descarrilamiento que separa del tren á ese wagon y á cinco coches de viajeros que iban tras él. Esta última parte del tren es empujada fuera de la vía, y se precipita por la pedregosa pendiente del terreno; un wagon de 3ª clase llega abajo de la pendiente completamente destruido, y al chocar con ese wagon se detienen los otros wagoes, entre ellos el del carbon, un coche de 4ª clase, uno de 2ª y otros dos wagoes de 3ª clase.

Los alumnos del seminario de Poitiers que se paseaban por aquellas inmediaciones y que oyeron el estruendo producido por el derrumbamiento del tren, y poco despues los gritos de los heridos, fueron los primeros en acudir y en apresurarse á prestar auxilio á las víctimas, secundándoles activamente en esta tarea algunas religiosas de San Benito y los viajeros del tren que no sufrieron daño.

De entre los escombros se retiraron dos muertos y algunas personas gravemente heridas.

Los dos muertos son M. Boutillier del Retail, de edad de cincuenta y dos años, alcalde que ha sido de Chateau-Larcher, y Juan Brodn, de veinte y dos años de edad, soldado del regimiento de línea n.º 86, que venia de Lyon, donde se halla de guarnición el cuerpo á que pertenece, para dirigirse á su casa en uso de licencia.

M. Boutillier del Retail tenia un muslo y un pié machacados y espiró al cabo de algunos minutos, despues de administrársele los auxilios espirituales, recibiendo su último suspiro un colono que ocupaba un asiento cerca de él en el wagon y que no sufrió algun daño. En cuanto al infeliz Brodn, tenia la cabeza aplastada y debió morir instantáneamente. Vefase con horror esparcido su cerebro hecho pedazos sobre el césped al pié del talud adonde acababa de caer desplomado.

Un hermoso perro de caza salió en aquel momento lleno de sangre del wagon en que estaba encerrado buscando con gran afán á su dueño, á quien encontró al

fin sin haber recibido mas que una ligera contusion en la frente.

Una familia compuesta del padre, de la madre y de un niño de pecho escapó milagrosamente de la muerte.

Ha habido 48 heridos mas ó menos gravemente, excepto uno de ellos que se encuentra en grave peligro.

El transporte de los heridos exigió tres horas y media; primeramente fueron llevados en barcas á la otra parte del Clain y luego conducidos en angarillas improvisadas á un tren de socorros que los esperaba en la línea de Poitiers á Burdeos.

Si puede haber un consuelo en tan espantosa catástrofe, es que era imposible preverla ó evitarla, y que cada cual ha cumplido religiosamente con su deber en tan tristes circunstancias.

H. M.

Correspondencia de Egipto.

El emperador de Austria, que ha asistido á la inauguración del canal de Suez, acaba de enviar al khedive la orden de San Estéban de Hungría, hecha de brillantes. Es una orden muy apreciada, y para recibirla se ha dispuesto un gran ceremonial en el Cairo. Desde por la mañana el cañon de la ciudadela anunciaba al pueblo esta solemnidad. Las tropas con las bandas de música á la cabeza se encaminaban hácia el palacio de Gesireh, en donde la recepción debía tener efecto. Tres coches de posta habian ido á buscar al cónsul general de Austria, M. Schreiner, para llevarle al palacio. Gesireh está mas allá del Nilo, y por esa razon habian reemplazado los carruajes de gala con la posta.

A las nueve de la mañana entraba el cortejo en los suntuosos jardines del palacio entre una doble fila de infantería. Al pié de la cumbre del palacio los edecanos y los escuderos del virey esperaban al cónsul, que precedido del gran maestro de ceremonias Zeki-Bey, subió hasta el gran salon de recepción, en donde estaba el khedive rodeado de sus ministros. A la llegada del cónsul general, S. A. se levantó y le salió al encuentro. El cónsul traía una caja con la placa de brillantes y una carta autógrafa del emperador de Austria: el virey tomó la carta y él mismo se puso la condecoración. Despues de haber dado las gracias todos se sentaron, y seguidamente una larga fila de hombres, cada uno con una pipa en la mano, fué penetrando en el salon y colocando delante de cada uno de los presentes una bandeja de cobre en la que descansaba la pipa; los cónsules, vice-cónsules y agregados formaban una numerosa comitiva á la derecha del virey; los ministros estaban á la izquierda, y solo el cónsul general se hallaba junto al virey en el mismo divan. Muy luego entró un hombre con una bandeja que cubria un tapete de terciopelo granate bordado de oro y pedrerías; era el café, que fué servido por una multitud de criados indígenas.

Despues del café, el cónsul se despidió al ruido del cañon y á los armoniosos sonidos de la música egipcia que tocaba el famoso himno nacional de Handel.

El virey ha dado mucha importancia á la señal de alta distincion que ha recibido del emperador de Austria, y el mundo oficial ha demostrado la mas viva satisfacción por el testimonio de aprecio y amistad enviado por el soberano de una de las cinco grandes potencias europeas.

R.

Exposicion de 1870

EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

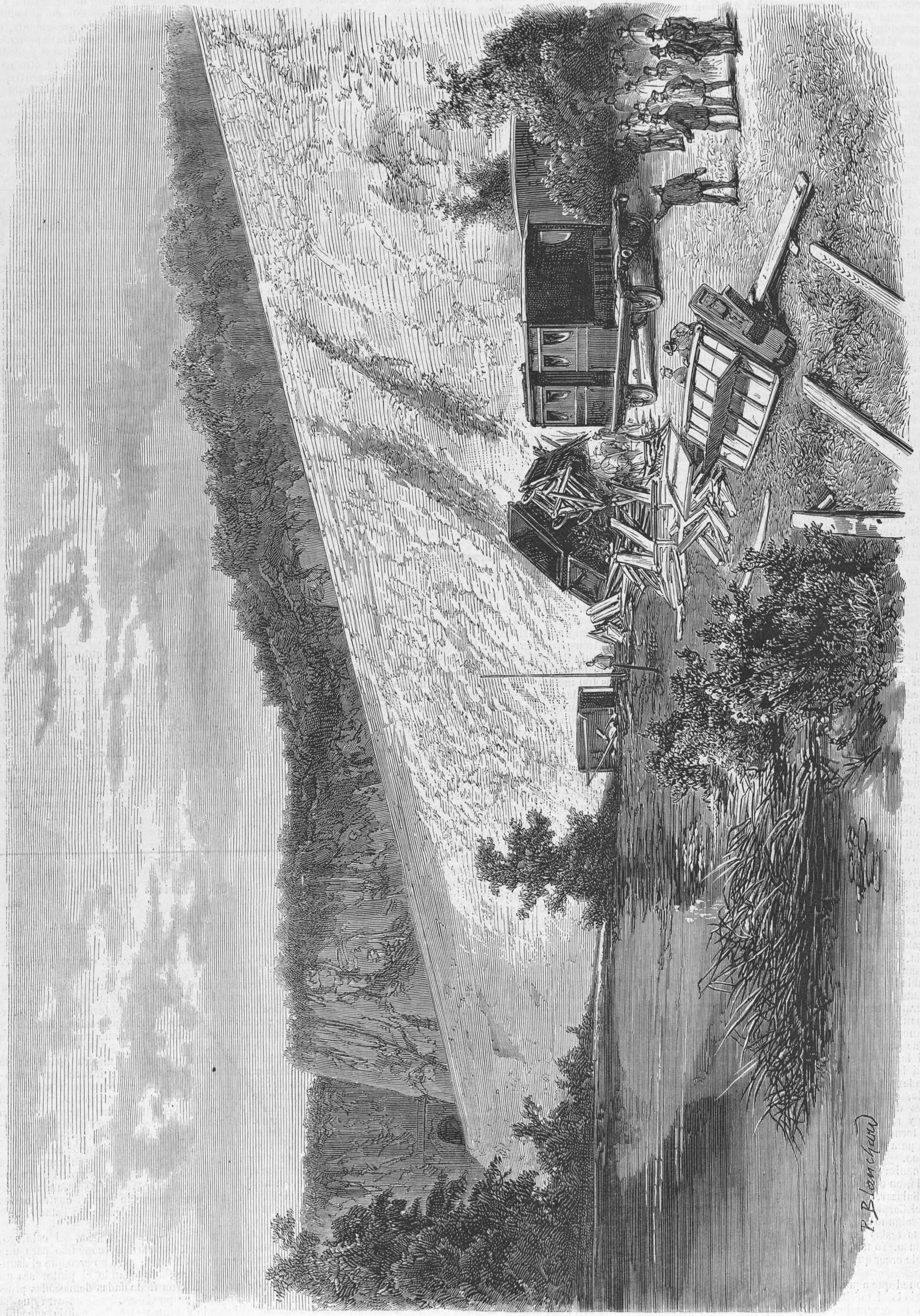
Los Estados Unidos de América, cuadro por M. A. Ivon.

« Los treinta y cuatro Estados de la Union están agrupados en torno de la figura simbólica de la República americana dando la mano á la Sabiduría. Por la izquierda llegan los inmigrantes de Europa con sus familias y sus instrumentos de trabajo y desembarcan en la tierra de la Libertad.

« Uno de los grandes rios de América apaga en su onda la antorcha de la guerra, y los ilustres predecesores levantan la losa de sus sepulcros para saludar el triunfo de la causa á la que consagraron su vida. A la derecha hay unas huellas sangrientas que representan el pasado. Los arcángeles precipitan á las malas pasiones. De esa noche salen las poblaciones de color, desde los indios hasta los negros, que los blancos moralizan.

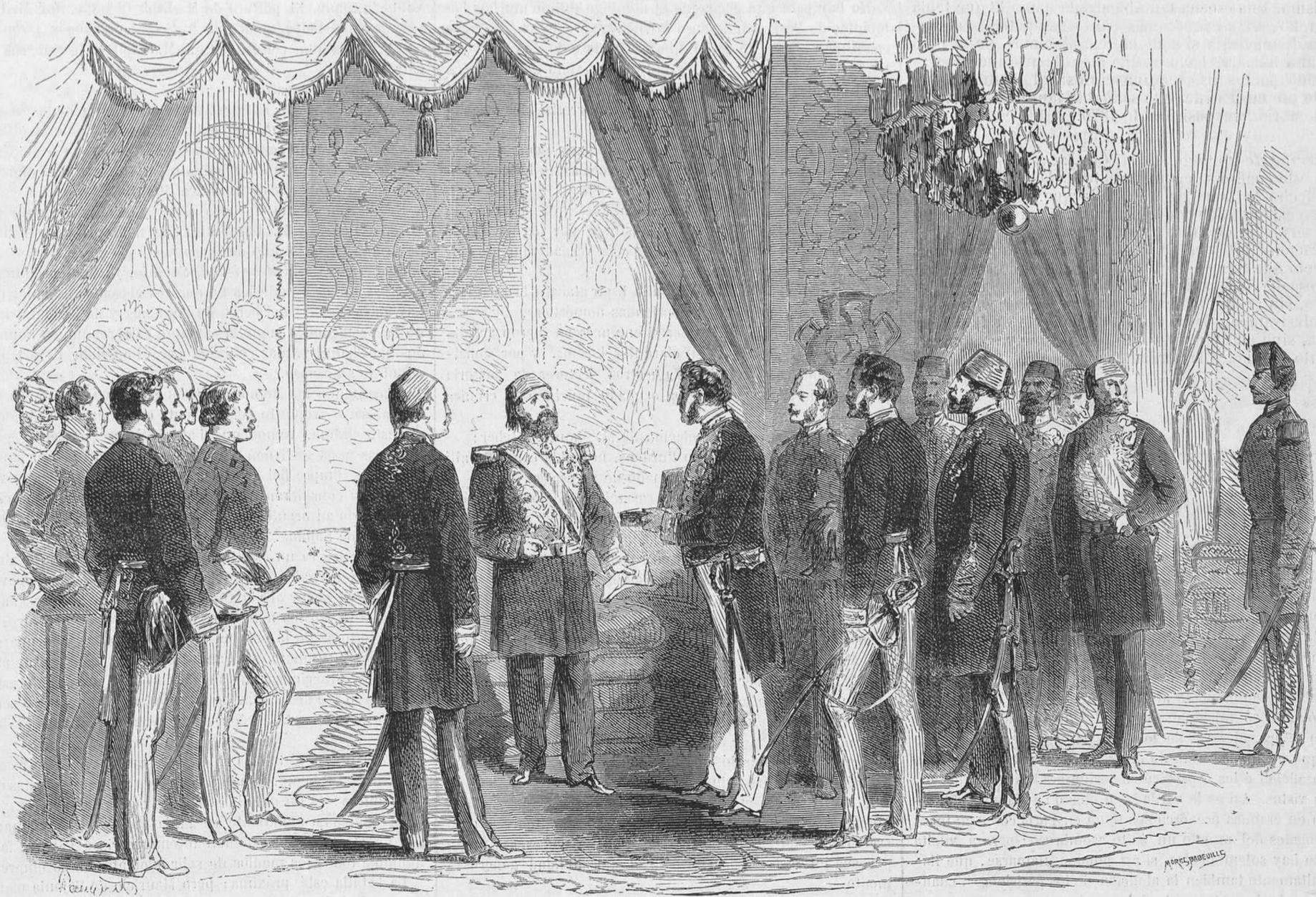
« Los genios de la Paz y del Trabajo juegan en una hermosa alfombra cubierta de flores y frutos. Finalmente, en torno de la estatua de Washington, fundador de la República, las Famas se lanzan por las cuatro partes del mundo para proclamar la gloria de los Estados Unidos de América. »

Esta noticia explicativa que traducimos del catálogo, seria quizá un excelente sumario de concurso para una composición en versos latinos; pero no creo que el asunto es propio del pincel, aun cuando el pintor sea un hombre de genio. M. Ivon tiene dadas demasiadas pruebas de talento para que pueda echársele en cara que ha fracasado allí donde á tantos otros les habria sucedido

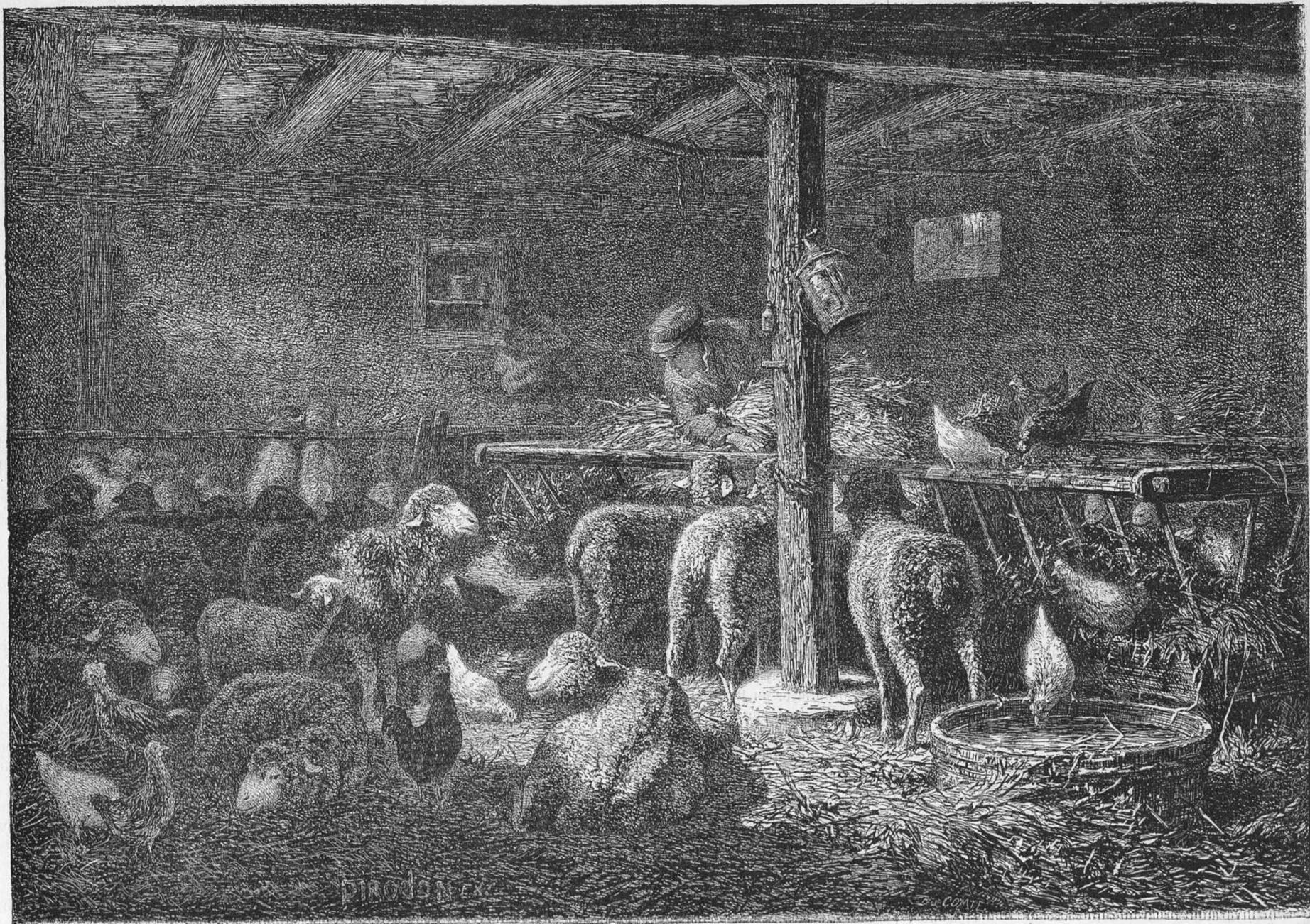


Accidente en el ferro-carril de Poitiers á Limoges. — Aspecto del lugar de la desgracia al otro día del accidente.

P. Blanchard



EGIPTO. — El cónsul de Austria entregando al virey la orden de San Esteban de Hungria.



EXPOSICION DE 1870. — Interior de aprisco, cuadro por M. Ch. Jacque.]

lo mismo. Una escena tan abigarrada como la que tenía que tratar, sirve cuando mas para una apoteosis de comedia de magia; y si aquí la reproducimos, no es para señalar á nuestros lectores una obra de arte incomparable, sino para satisfacer una curiosidad legítima ofreciendo un cuadro del que se habla tanto desde el día que se abrió la exposicion de 1870.

Interior de aprisco, por M. Ch. Jacque.

En este cuadro se encuentran todas las cualidades que han hecho la fama de M. Ch. Jacque. Ese interior de aprisco está reproducido con una fidelidad y un espíritu de observacion que toca al realismo en el sentido verdaderamente artístico de la palabra: la pintura produce el efecto que busca el artista. En resumen, es una bonita escena, reposada y tranquila como conviene al asunto, sin amaneramiento de ningun género, pues no es exclusivamente la obra de un dibujante ni de un colorista, sino de un artista que pinta como ve y que por lo tanto reproduce la verdad exactamente.

A. DE L.

Revista de Paris.

Paris es en todo y por todo la ciudad extraordinaria por excelencia. Mucho se ha escrito sobre los gustos tan diversos de esta poblacion en punto á diversiones públicas: pero seguramente falta mucho para que se haya agotado el asunto. Los que no han visitado nunca esta capital y la conocen solo por haberla contemplado al través del prisma fantástico de las novelas, se imaginan fácilmente que es aquí oro todo cuanto reluce, al revés de lo que dice el proverbio, y sobre todo que cuando se trata de diversiones, los parisienses solo tienen afición á los espectáculos deslumbradores, grandiosos, nunca vistos. Así es la verdad, en efecto: toda fiesta organizada en grandes proporciones tiene en Paris como en todas las ciudades del mundo un éxito asombroso; pero á vuelta de esto hay solemnidades, si así pueden llamarse, que llaman altamente tambien la atencion de los parisienses, cuando en cualquiera otra parte del mundo es seguro que pasarían desapercibidas. Y es porque aquí se reúnen todos los contrastes, todas las contradicciones imaginables. Nada mas comun que ver en las calles de Paris un inmenso grupo de gente, escuchando con toda atencion y la mayor gravedad, la charla de un industrial de baja esfera ó los juegos de manos de algun titiritero de feria que se instala osadamente en medio del asfalto de esta ciudad tan civilizada y tan culta; y no se vaya á creer que la concurrencia del espectáculo callejero se compone de populacho, nada de eso, son espectadores inteligentes, y que se hallan familiarizados con otras escenas.

Sugierenos estas reflexiones que se habrá hecho todo el que conozca Paris, una fiesta verificada el domingo último en un pueblecillo de las cercanías llamado Nanterre.

Era la Pentecostés y todos los parisienses saben que en ese día hay en el dicho pueblo una ceremonia propia de los tiempos patriarcales, y que consiste en un premio otorgado á la virtud en la persona de la jóven del pais que reuna estas diferentes condiciones: haber nacido en el pueblo, no tener mas de veinte y dos años ni menos de diez y ocho, no haber faltado nunca á sus deberes civiles y religiosos, y por último, pertenecer á una familia intachable.

Todos los años el ayuntamiento de Nanterre encuentra modo de descubrir una doncella adornada de todos estos requisitos, y una vez elegida y aprobada la eleccion por el señor cura párroco, se procede á su coronacion que se hace con mucha pompa, y cuya ceremonia lleva el nombre de COURONNEMENT DE LA ROSIERE.

El ayuntamiento regala á la doncella una suma de 500 francos y luego su madrina, que es siempre alguna señora rica de Nanterre ó del contorno, la regala cuando menos el traje de la ceremonia con las modestas joyas que ha de lucir en ella.

La jóven favorecida este año por sus altos méritos se llama Ernestina Dupuis y es de oficio costurera.

Digamos ahora cómo se efectúa la ceremonia.

A eso de las dos de la tarde el ayuntamiento con el señor alcalde á la cabeza va á buscar á la jóven á su casa, para ir á la alcaldía, en donde se forma la comitiva con acompañamiento de música, guardia nacional, grupos de jóvenes vestidas de blanco, y todo el séquito se pone en marcha á la iglesia.

La recepcion en el templo es muy solemne.

El cura párroco sale al encuentro de la doncella, la lleva hasta el altar mayor, bendice la corona y las flores y luego conduce á la jóven á un trono levantado en medio del coro.

Terminada la ceremonia, la doncella da la vuelta al pueblo con su acompañamiento, y por la tarde asiste á un banquete que dan en su honor las notabilidades de Nanterre.

Este es el invariable programa que se sigue todos los años, programa que saben de memoria los parisienses.

No hay para qué decir que el domingo último muchos habitantes de Paris acudieron á la rústica ceremonia. El ferrocarril iba cargado de gente alborozada deseosa de presenciar tan interesante solemnidad, como si se tratara de un espectáculo en los Campos Eliseos ó el bosque de Boulogne, es decir, una de esas fiestas que tienen tan irresistibles atractivos para los parisienses.

En uno de los principales barrios de Paris ocurría á mediados del mes de abril último una escena que hubiera podido cambiarse en drama trágico.

Era en la nueva calle del Cardenal Fesch, en el centro de la Chaussée d'Antin, barrio tan ilustrado por los novelistas modernos, y el lance en cuestion podia verdaderamente servir de asunto para una novela.

Un banquero llamado M. Camilo Espir atacaba bruscamente á M. Mauricio Geber por contiendas domésticas.

Los pormenores que se dieron entonces no fueron verídicos; hoy se han puesto en claro los hechos, y por consiguiente podemos referir á nuestros lectores la historia completa de un suceso que ha ocupado mucho á la crónica parisiense.

Hé aquí en extracto la relacion de M. Mauricio Geber:

Casado hacia seis años en Burdeos, no habia conocido allí á M. Espir, que era primo hermano de su esposa.

Algun tiempo despues de su casamiento, dejó la Francia con su mujer para ir á residir en Berlin, que es su patria, y allí supo que se habian aprovechado de su ausencia para obtener contra él una sentencia en rebeldía.

No era, sin embargo, su único cuidado la afrenta de aquella condena: su esposa, á quien adoraba, no vivía á gusto en Prusia, y le suplicaba que puesto que no podia regresar á Francia, se estableciera por lo menos en un pais vecino donde hablaran francés.

M. Mauricio Geber eligió la Bélgica y se fué á establecer en Bruselas; pero no pudiendo soportar el peso de aquella injusta condena, volvía á Francia y lograba deshacer lo hecho.

Cuando se estableció en Bruselas conoció á M. Espir, que acababa de quedarse viudo.

M. Espir se presentó en su casa acompañado de sus dos niños; M. Geber no le habia visto hasta entonces; pero era desgraciado, tanto por la pérdida de su esposa como por sus intereses, y le concedió la hospitalidad generosamente.

M. Geber pasa por alto en su relacion diferentes hechos que han desnaturalizado los periódicos y señala otros ignorados y que, á su juicio, bastan para dar á conocer al hombre tal cual es.

Dice que M. Espir sacó partido de todos los enojos, de todos los apuros inherentes al establecimiento de una casa en pais extranjero, para abusar indignamente de su bondad y de su confianza. Le manifestó que queria establecer en Bruselas una casa de cambio, á la que añadiría un comercio de artículos de Paris, y aunque este proyecto le extrañó bastante, le dejó hacer porque no le era dado oponerse.

Ahora bien, lo que hizo fué escribir á sus acreedores que era Geber, su primo hermano, quien acababa de fundar la casa de cambio, que él era su socio, y que Geber pagaría todas sus deudas. Uno solo de sus acreedores le persiguió judicialmente por una cantidad de 11,000 francos, de la cual pagó una parte por no comprometer su crédito en Bruselas.

Entre tanto, M. Espir se volvía á Francia, cuyas puertas creía cerradas para su primo hermano.

Sin embargo, M. Geber se presentó en Paris, y como queria desafiarle, lo primero que hizo fué buscar á un oficial superior, amigo suyo, para suplicarle que tuviese á bien buscarle dos oficiales que le sirviesen de padrinos.

Los reglamentos militares se oponían á esta pretension y entonces M. Geber buscó otros padrinos, que fueron á ver á M. Espir. En el primer momento este pareció aceptar; pero al otro día cambió de idea y respondió que no veía causa para batirse con su primo.

Veinte y cuatro horas despues de esta negativa dirigida al hombre á quien habia ofendido en su honra, se encontró M. Geber en la estacion de un ferrocarril con M. Espir y queriendo obligarle á batirse le dió un bastonazo en la cara, mas no por esto consiguió lo que queria; M. Espir se limitó á quejarse á la justicia, diciendo que le habia pegado con un baston de puño de plomo, lo cual M. Geber niega rotundamente.

Dos dias despues, el 18 de abril, pasando por la calle del Cardenal Fesch y viendo al conserje á la puerta de la casa que habita M. Espir, le preguntó si este habia pasado el domingo anterior en Paris, á lo cual respondió que no el portero. Seguía hablando M. Geber, cuando oye pasos en la escalera y de repente aparece M. Espir con un florete en la mano, que acababa de sacar de su baston.

No habia mas remedio que huir ó ponerse en guardia; M. Geber levantó su baston, pero al mismo tiempo se sintió herido, y mientras el agresor se escapaba caía él en brazos de un amigo y sacaba con sus propias manos el arma de la herida.

La herida fué grave, pues sin la resistencia que opusieron las vértebras, el florete habria atravesado el cuerpo de parte á parte.

Toda la cuestion está en saber quién fué el que antes le-

vantó la mano. El portero de M. Espir dice que fué M. Geber; pero de todos modos la justicia ha dado la razon al hombre ofendido, condenando á M. Espir á tres meses de cárcel.

Pasemos á los teatros.

Esta semana, por extraordinario en la temporada en que nos hallamos, tenemos que hablar á nuestros lectores de una novedad teatral importante, siquiera sea porque se ha dado á luz en el Teatro Francés, cuyo repertorio excita siempre el interés del público y de la crítica literaria.

Es un gran drama en cinco actos y en verso, escrito por M. J. Amigues y M. Desboutin, dos nombres desconocidos hasta hoy en el mundo de las letras.

Su obra se titula *Mauricio de Sajonia*, y todo el argumento está basado en uno de los numerosos episodios de amor que hay en la historia del héroe de Fontenoy y de Rocoux, siendo la protagonista aquella cantante célebre que se llamaba Justina Chantilly, mas conocida por el apellido Favart, que era el de su esposo.

Consultando las Memorias coetáneas ó sea la crónica escandalosa, á propósito del incidente que constituye el fondo de este drama, vemos que hay distintos pareceres, pues mientras unos sostienen que madama Favart fué una mujer virtuosa, empre fiel á sus deberes, otros niegan tales virtudes y a consideran como una de tantas mujeres que cifró al contrario su orgullo en la pasion que habia inspirado á Mauricio de Sajonia.

Su marido era un escritor de talento que compuso algunas piezas teatrales; pero el gran cuidado de toda su vida consistió en poner al abrigo á su mujer de las asechanzas que la armaban los nobles, sus admiradores en el teatro.

Los autores de la produccion de que vamos á ocuparnos optan por la primera de aquellas opiniones, y la mayor parte de las situaciones que se hallan en su argumento están tomadas al pié de la letra de las crónicas en que se presenta á la Favart con esta auréola de la persecucion y de la desgracia.

Al levantarse el telon nos encontramos en el famoso campamento de Rocoux, donde los señores andan mezclados con las cómicas: es un detalle propio de aquel tiempo.

La compañía ambulante se halla en aquel campamento porque el mariscal ha nombrado empresario á Favart, facilitándole todos los medios de salir adelante con su empresa.

La batalla está próxima; pero Mauricio de Sajonia piensa mas en la bella cantante que en sus enemigos.

Enamorado perdidamente, sus obsequios y galanterías obligan á la jóven á ponerse en fuga. Aquel amor violento la conmueve y la espanta: quiere huir de él porque teme alguna violencia de aquel hombre poderoso.

Mauricio de Sajonia, exasperado, la reclama á su marido; y viendo que sus instancias son inútiles, le arroja del campamento y el desdichado empresario se vuelve á Paris en la mayor miseria.

El acto siguiente pasa en Paris en el cuarto de la Favart, en la Opera.

No tarda en aparecer el mariscal para decir á la cantante que su carroza la espera, que se la llevará al fin de la funcion.

El marido, que á escondidas ha penetrado en el cuarto de su esposa, se aplica á conjurar aquel peligro de un modo verdaderamente cómico.

Prepara un triunfo al glorioso mariscal, que á su salida del teatro tiene que entregarse á los trasportes de entusiasmo del pueblo y se ve en la precision de renunciar á su conquista por la fuerza.

Pero ¡ay! Justina llora: el drama está muy cerca.

Con efecto, Favart se ha refugiado en el presbiterio de una aldea, adonde muy luego llega Justina acompañada de la cómica Beaumenard y del cómico Marigot.

¡Qué de peligros le rodean!

Ya tienen los exentos una orden para prender á Favart, y muy luego descubren el retiro y se presentan á llevarse preso al matrimonio.

Justina debe seguirles en nombre de la ley, es decir, en virtud del capricho de Mauricio de Sajonia.

Aquí una bella escena trazada en versos enérgicos.

La profecía de la revolucion que está proxima, único remedio á violencias tan inexcusables, es de un efecto asombroso: los autores han dado una verdadera prueba de poetas.

Se acaba el tercer acto, y en el siguiente nos hallamos en la magnífica residencia que el rey Luis XV habia regalado al mariscal de Sajonia.

Estamos pues en Chambord, donde encontramos á Mauricio tratando de distraerse en sus dolencias con fiestas grandiosas, con brillantes reuniones.

Tambien aquí hay una compañía de cómicos que ameniza las distracciones de los nobles; pero falta la Favart, y Mauricio no puede consolarse de su ausencia.

La ama mas que nunca, y la vida sin ella le es insoponible. Así lo declara á todo el mundo, diciéndose el mas desgraciado de los hombres, cuando llega la Favart; pero ¿con qué motivo?

Viene á decirle:

— El principe de Conti os provoca á muerte, porque ha sabido que habeis sido el amante de su madre.

El golpe es terrible; Favart se venga de todas sus desgra-

cias revelando al mariscal tan terrible y espantoso secreto.

El acto último encierra la catástrofe final: se efectúa el desafío, y Mauricio de Sajonia muere en presencia de Justina y de su esposo.

Acabamos de contar muy rápidamente el argumento de este drama, que el ilustrado público del Teatro Francés ha acogido con un favor marcado.

¿Es esto decir que la obra tendrá muchas representaciones? A decir verdad, lo dudamos, porque el interés dramático se halla demasiado extendido en los cinco actos que fácilmente podrían reducirse á tres, defecto capital que paraliza la acción con detalles que nada justifica. Para el público amante de las letras, tendrá el interés de una obra histórica escrita con soltura, y que á veces se eleva hasta el lirismo; pero esta circunstancia no es suficiente para hacer populares las obras escénicas. En suma, no hay más que un incidente en todo el drama: Mauricio de Sajonia aparece siempre, desde el principio hasta el fin, encolerizado, furioso, deseando ocasión de realizar sus alardes de violencia; y de esta situación, siempre la misma, resulta una monotonía insuperable.

Hay, sin embargo, una particularidad que quizás dé al drama alguna vida: Got, el célebre actor Got, ha hecho del papel del protagonista la mejor quizás de todas sus creaciones, y hasta tal punto es así, que todos los demás actores parecen eclipsados. Por ver y aplaudir á Got, no sería de extrañar que se pusiera en moda asistir á las funciones de *Mauricio de Sajonia*.

MARIANO URRABIETA.

Una soirée en mi tierra.

CUENTOS DEL CASERIO.

La baronesa viuda Concha Forti se aburría soberanamente hace algunos inviernos en uno de los valles del Norte de Alava. Había perdido á su esposo, pocos meses despues de casarse, y se encontraba jóven, rica y bella, con el corazon tan lleno de desventuras como de recuerdos.

Tenia una instruccion muy sólida y un criterio sensato un tanto contrariado, sin embargo, por esos arranques espontáneos, por esas ilusiones llenas de ardor y de fantasía que son tan propias de los veinte y cuatro años. Había huido de Madrid, donde si bien estaban todas sus afecciones y sus mejores recuerdos, tenía también constantemente ante sus ojos numerosos objetos que le traían á la memoria la idea de su pobre esposo. Ni había querido quedarse en Vitoria, porque, como me dijo muchas veces, al encontrar en la Florida ó en los Arcos algunas parejas de esposos jóvenes sonriendo de felicidad y de ventura, sentía en el corazon una angustia fatal.

Marchó al vallecito alegre donde habían nacido sus abuelos, y allí, rezando y leyendo; á veces llorando en la soledad y á veces saltando como una niña con los hijos de los caseros por entre aquellos floridos y apacibles campos, pasó varios meses mientras los recuerdos mas acerbos del dolor huían, y mientras se iban anidando la paz y la esperanza en su pecho.

De cuando en cuando solía yo pasar una temporada á su lado.

Eramos como hermanos, la simpatía nos había unido, y nada más.

En uno de aquellos inviernos interminables que allí trascurren, la hacia compañía, y entreteníamos las tardes tristes llenas de niebla y de frío, leyendo en la cocinilla por centésima vez los cantos del *Trovador*, y algunas bellísimas traducciones de Monti.

— Lo que mas me aburre, me dijo un día, son estas noches eternas, silenciosas, que parece que jamás se acaban.

— ¿Te acuerdas sin duda de las noches de Madrid? le dije yo.

— Precisamente; cuando aquí cuento los cuartos de hora uno por uno, recuerdo sin querer aquellas reuniones en las que cinco ó seis horas desaparecían en un momento.

— Es verdad; en el valle, una hora despues de anochechar, todo el mundo duerme, y para los que como tú, las noches han sido tan breves y tan venturosas, esta vida tiene poco de agradable.

— Leo y me canso de leer, y aun así y todo el tiempo me parece interminable.

— Yo te llevaré, si quieres, á una recepcion nocturna.

— ¿Aquí?

— Sí, aquí; ó cerca de aquí; te divertirás mucho.

— ¡No te burles de mí!

— No, por cierto, Concha; te presentaré en una reunion donde se hablará de largo, habrá baile, buffet original, todo lo que en Madrid tenías.

Concha me miraba asombrada, como no dando crédito á mis palabras.

— Y ¿á qué hora reciben? me preguntó con una sonrisa burlona.

— A las once, si tú quieres, y durará hasta la una.

— Acepto el convite; pero te advierto que si es alguna

de las bromas con que sin cesar te entretienes, renuncio desde ahora á acompañarte.

— Palabra de honor; yo á mi vez, solo te exijo una cosa.

— ¿Cuál?

— Que seas la cronista de la reunion.

— Aceptado. Y ¿en qué traje iré?

— En traje de montaña; envuelta en la nube; forrada en el abrigo, y con el manguito mas tupido que tengas.

Al día siguiente á las tres de la tarde, subiamos desde el fondo del valle á una de las anteiglesias. El cura de ella, que es todo un santo varon, nos recibió con los brazos abiertos, y su ama nos sirvió, en cuanto llegamos, el indispensable chocolate en jícaras franciscanas, regalo con que se obsequia en todas las aldeas al que pisa por la tarde los umbrales de cualquiera vivienda.

Concha fué examinando, guiada por el cura, todos los compartimientos de la casa; recorrimos la huerta, que era un museo de arboricultura, la pesquera, la bodega de la *Sagardua*, el palomar, la biblioteca, el horno y la gran cocina patriarcal.

A las ocho de la noche, extendieron los manteles para la cena. Mi compañera se echó á reír.

— ¿Cenamos antes de ir á la reunion?

— Sí, amiga mia, porque el buffet que nos servirá el ama de la casa, es probable que no te guste.

Tres horas de conversacion sobre la mesa trascurrieron despues en un soplo. El cura, cuya verbosidad agradable y simpática encontraba sin cesar motivos que excitaban nuestra curiosidad, hizo el gasto durante todo ese tiempo.

Concha le miraba casi sin pestañear; tenía muy triste idea formada de los rústicos curas de aldea, y aquel hombre, con su animada conversacion, era para ella una notabilidad tan inesperada como grata. De cuando en cuando abría yo la ventana y me ponía á escuchar.

— ¿Qué escuchas? me decía Concha.

— A ver si oigo el ruido del piano en la reunion para que vayamos.

El cura se sonreía maliciosamente.

Al fin me envolví en la capa y partimos.

Hacia una magnífica luna; la noche estaba en calma y callada, solo se oía á corta distancia un continuo repicar de tablas, algunas veces acompasado y monótono, otras enteramente confuso y discordante.

— ¿Qué ruido es ese? me decía mi amiga.

— Son los ecos del piano de la reunion adonde vamos.

A veinte pasos de la casa del cura, se alzaba un caserío, por entre las rendijas de cuya puerta se veía luz; en el interior redoblaban el ruido cada vez mas fuerte, y entre su monotonía se escuchaban voces femeniles, risas, y de cuando en cuando algun cantar. Abrí la puerta. Estábamos en el salon de la recepcion.

Un anchuroso portal alumbrado por un enorme candil, contenía diez ó doce nescatillas jóvenes puestas en desconcertado grupo, las cuales, con un vigor incansable, tranqueaban lino sobre aquellos rústicos caballetes de madera cuyo artificio mecánico es tan antiguo como los vizeainos mismos. Entre ellas había tres ó cuatro mujeres de edad con sus tocas blancas, hilando abultados copos. Dos ó tres mütiles cosían abarcas sentados en el suelo, muy cerca de las chicas. Inmediata al portal estaba la cocina, cuyas puertas abiertas de par en par dejaban ver un fogar encendido sobre el cual pendía un colosal tamboril lleno de castañas, y al lado, sobre un gran trévede, veíase una caldera en la que hervían algunas azumbres de leche.

Sentado junto al fogar, había un viejo todo cano, que mientras tiraba sendas pipadas, daba vueltas al tamboril.

Cuando entramos, se levantó la dueña de la casa, á quien desde jóven conozco, y medio en vascuence, medio en castellano, nos dirigió infinidad de cortesías y agasajos, nacidos todos ellos de lo mas íntimo de su corazon.

Las trancas callaron, los husos dejaron de bailar por algun tiempo y Concha tuvo á su servicio para quitarle el abrigo y sus envolturas de invierno á la mayor parte de las nescas, que no cesaban de mirarle como á cosa rara. Nos dieron dos sillas de madera y tomamos lugar entre aquellos sencillos aldeanos. Por orden de mi amiga volvieron todos á su trabajo, mientras la dueña la explicaba el mecanismo de aquellos aparatos y las transformaciones que sufre el lino desde que azuleando en el campo inmensas extensiones se convierte al fin en blanquísimo hilo.

Las nescatillas, que estaban trabajando desde el anochechar, se habían cansado ya, y recogieron sus manojos para otro día. Entonces sobre una mesa pequeña de la cocina se extendió un blanquísimo mantel; formaron sobre él tres filas de escudillas y empezó á servirse la cena de media noche.

— Aquí, al revés que en la córte, se va primero al buffet que al baile, dije á mi amiga, la cual no perdía ni un solo detalle de todo lo que allí pasaba, prestando á todas las menudencias domésticas una interesante atencion.

Aquel cuadro era efectivamente digno de ser contemplado. Le fué imposible á la baronesa resistir á las instancias de las jóvenes para que tomara un *catillu vete* de aquella sabrosísima leche, y yo á mi vez tuve que entrar por fuerza en el número de los que despacharon el monte de castañas asadas.

Concha se reía como una tonta; gozaba mucho, segun me dijo despues.

El viejo de la pipa nos contó algunos cuentos.

— Hace ocho días, nos dijo, estuve en el entierro de un amigo, en el que por cierto se ha cumplido la justi-

cia de Dios. Antes de la guerra vivían en un pueblo de Vizcaya dos primos, que cuantos mas años tuvieron mas envidia y mas odio hubo entre ellos. Al encenderse la guerra, Eribe, uno de ellos, entró al servicio de Don Carlos; Ugarte, el otro, se hizo bagajero de los cristinos. Tres años despues, ambos eran espías en sus respectivos ejércitos. Una mañana, allá sobre los montes de Orduña, Ugarte iba de exploracion, acompañado de un sargento y diez soldados. En una posada encontraron á Eribe, que espía al ejército liberal. Ugarte, influido sin duda por una inspiracion infernal, ordenó al sargento que fusilase á su primo. El sargento se resistió, pero al fin, dejando toda la responsabilidad al confidente cristino, hizo que los soldados acabasen con Eribe.

— Ahora, dijo el sargento, es preciso que dé Vd. parte al general de lo que acabamos de hacer; yo no puedo cargar con el cuidado de este suceso.

— Corriente; respondió Ugarte muy sereno.

— Es preciso dar parte por oficio.

— Escribe, pues.

El sargento sacó su recado de escribir, dobló un medio pliego y apoyándose sobre la mochila esperó á que Ugarte le dictase. Este, sin detenerse, dictó de la manera siguiente:

« Señor general: Compidente coger; pusilar interinamente. Dios me guarde de Vd. muchos años. Alto de San Partolomé, febrero 5 de 1837. »

¡Para qué mas opiso! añadió despues encendiendo su pipa.

¡Pobre Ugarte! Acabada la guerra, lleno de vicios y de deudas, apareció muerto, horriblemente desfigurado, hace poco tiempo en un barranco cercano á su pueblo. ¿Cómo ha muerto? Solo Dios lo sabe.

Despues de los cuentos, y ya cuando en la torre de la anteiglesia sonaban las doce, una nescatilla hizo resonar los cascabeles de la pandera.

Empezó el baile.

Mozos y mozas bailaron por espacio de una hora en medio de la alegría mas inmensa, mientras Concha, sorprendida cada vez mas al presenciar los detalles de tan hermoso cuadro, me decía sonriendo:

— ¡Oh, cuánto te agradezco el que me hayas hecho conocer estas cosas tan agradables! Cada día me cautiva mas la vida de este pueblo patriarcal.

Yo le iba traduciendo los cantares que en vascuence lanzaba de cuando en cuando una nescas al compás de la pandera.

Aun recuerdo algunos:

Cuando rojean los guindos
Van las aves á picar,
Déjame tocar tus labios
Que tan rojitos están.

Cuando una muchacha cose
Y se pincha en algun dedo,
Es que se acuerda del novio
Y no de que está cosiendo.

Como sube y sube el humo
Escapando del fogar,
Así pasa con los años,
Marchan y no vuelven mas.

Mas que ojos negros y hermosos
Y trenzas largas y negras,
Vale un corazon sencillo
Que á su maridito quiera.

De soltera, presa en casa,
Y presa despues de esposa,
La mujer es pajarito
Que solo en prisiones goza.

Cuando las jóvenes se cansaron de bailar se encendieron las teas de paja y cada pareja marchó lanzando ujusús hacia sus respectivos caseríos. Un criado del cura vino con un farol y acompañado de un enorme mastin á servirnos de guia para volvernos á su casa.

— ¿Qué te ha parecido esta soirée vascuengada? dije á mi amiga.

— Deliciosa; te aseguro que no he echado de menos las noches aristocráticas de Madrid; pero dí, ¿esta reunion se repite todas las noches?

— Sí; mientras dura el trabajo del lino y mientras se hila, todos los caseríos del valle turnan, recibiendo para el trabajo á las chicas de la vecindad.

Al llegar al caserío del cura aun oíamos á lo lejos los saludos y gritos de los jóvenes, que acercándose á sus viviendas se despedían haciendo resonar sus ecos en las soledades del valle.

RICARDO BECERRO.

EXPOSICION DE 1870



EXPOSICION DE 1870. — Estados Unidos de América, cuadro por M. Ivon.

Literatura dramática.

EL AGENTE SECRETO,

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN INGLÉS.

(Conclusion.)

DUQUESA.

¿Con el agente secreto? Jamás.

DUQUE.

No es eso lo que pido. Puesto que ese personaje incomoda aquí á todo el mundo, él es quien dejará la córte.

DUQUESA, con una alegría mal disimulada.

¡Ah!

DUQUE.

Con una condicion... y es que renunciareis al proyecto de casarme con la princesa Amelia de Brunswick.

DUQUESA.

Pues yo creía que os halagaba esa idea.

DUQUE.

Quizás he cambiado de parecer... ¿Es tan extraordinario que nuestro sexo imite algunas veces los caprichos del vuestro?

DUQUESA.

¿Con que estais bien decidido á no casaros con la princesa?

DUQUE.

Completamente decidido.

DUQUESA.

El rompimiento ofrece dificultades; pero si lo exigís, si poneis esa condicion para que salga de aquí el agente secreto... se romperá.

DUQUE.

Pues mi agente secreto saldrá de la córte esta misma noche. Voy á preparar su marcha. (*El duque se va á sus aposentos.*)

DUQUESA.

Un punto hemos ganado. (*Váse y sale Ernestina, viniendo del otro salon.*)

ESCENA XV.

ERNESTINA, EL DUQUE, etc.

ERNESTINA.

Por fin me veo libre de las importunas atenciones del conde Oscar (*Sale el duque.*) ¡Victor!... (*Acude hácia él.*)

DUQUE.

Querida Ernestina (*besa su mano*), nuestro complot adelanta que es un portento... Mi madre consiente en romper el proyecto de enlace con la princesa Amelia, bajo la condicion de que yo despida al agente secreto. Ahora tenemos que buscar el medio de desembarazarnos tambien del ministerio.

ERNESTINA.

Creo haberlo encontrado. ¿El conde Steinhausen ha vuelto de su paseo á Spilsberg?

DUQUE.

Deberia estar aquí... y en efecto, ya llega.

ERNESTINA.

Perfectamente. Voy á recibirle, y si he entendido bien ciertos cumplidos que me dirigió diciendo que eran por cuenta de su sobrino, puedo daros á conocer hasta dónde llega la galantería de vuestro primer ministro. Pasad al segundo salon, no nos perdais de vista, y cuando deje caer el pañuelo, entrad á sorprendernos. Si podeis traer á la señora duquesa y al conde Oscar, la escena será todavía mas divertida.

DUQUE.

No os comprendo bien, mas os obedeceré al pié de la letra. (*El duque se aleja. — Ernestina se coloca á la entrada del salon.*)

ESCENA XVI.

ERNESTINA, EL CONDE.

CONDE, que ha dejado su disfraz.

El baile dura aun, pero si vuelvo aquí, es como un

ministro ultrajado que pide venganza. Y la obtendré, aunque no sé bien á quién debo mi arresto. Sospecho que al baron. El es sin duda el agente secreto del duque, y por lo tanto quien tenia mayor interés en hacerme desaparecer de la córte. Su crédito cerca del duque me explica su osadía... pero en ese caso, ¿cómo ha intervenido el duque para ponerme en libertad? ¡Misterio, misterio impenetrable! No por eso el atentado es menos atroz, es un suceso que indignará á toda la diplomacia de Europa, á todos los reyes, á todos los ministros, á todos los pueblos... Un primer ministro preso... sin saber por quién... ¿Pero estoy aquí solo?

ERNESTINA, adelantándose.

¡Ah! ¡qué inquietos habeis tenido á todos vuestros amigos! yo estoy aun conmovida.

CONDE.

¡Vos tambien, señorita!... Inspirar tanto interés á una persona tan bella como vos, es una honra que ya equivale á un principio de reparacion.

ERNESTINA.

No he olvidado que siempre habeis sido conmigo muy amable.

CONDE.

Nunca he disimulado, en efecto, mi admiracion por vuestra belleza y vuestras gracias, y aunque trataba de hacer á mi sobrino el mas feliz de los mortales... no podia menos de envidiarle.

ERNESTINA.

Haciais mal... ¿Estamos solos?

CONDE.

Así lo creo. (*Aparte.*) ¡Otro misterio!

ERNESTINA.

No dudareis lo que me interesaba en vuestra supuesta desgracia, cuando os confiese que queria implorar vuestra generosidad y vuestra simpatía.

CONDE, aparte.

¡Mi simpatía! ¿Qué quiere decir? (*Alto.*) Ciertamente rindo parias á la belleza en general, y particularmente á la vuestra.

ERNESTINA.

Me veo condenada á casarme con vuestro sobrino, pero no puedo darle mi corazon.

CONDE.

Os aseguro que se contentará con vuestra mano... pero con tal tambien de que vuestro corazon no sea de otro.

ERNESTINA.

Pues justamente está comprometido.

CONDE.

Eso es mas delicado. ¿Y puedo saber quién es el hombre que debe inspirarnos celos á mi sobrino y á mí?

ERNESTINA.

No puedo decirlo á nadie, y menos á vos, conde.

CONDE.

¿Y por qué?

ERNESTINA.

Porque temeria que me acusaran de un amor ambicioso... ¡Oh! no me mireis así...

CONDE, aparte.

¡Como me mira ella!... (*Alto.*) ¿El afortunado mortal que ha hechizado vuestro corazon es uno de los señores de la córte?

ERNESTINA.

Ocupa en ella una alta posicion.

CONDE.

¿Hace mucho tiempo que le habeis visto?

ERNESTINA.

Temo responderos: sus ojos están ahora mismo fijos en mí.

CONDE, aparte.

No puedo exigir que diga mas, y seria un fátuo si no hablara yo. (*Alto.*) Señorita, os tomo por testigo que he hecho por mi sobrino todo lo que de un tío se puede exigir; pero no puedo sacrificarle por él mas tiempo. Me prosterno á vuestros piés y os juro un eterno amor. (*Toma la mano de Ernestina, que deja caer el pañuelo. Salen el duque, la duquesa, el conde Oscar y todo el séquito de cortesanos haciendo ademanes de asombro.*)

ERNESTINA.

Conde, ¿qué haceis?

CONDE.

Dudo aun de mi felicidad, una palabra vuestra y os

adoro... (*Al verse sorprendido en aquella posicion galante, el conde se detiene confuso. — El duque se rie.*)

DUQUESA.

Está visto que él era el que representaba el doble papel.

OSCAR.

Se ha descubierto.

CONDE, levantándose.

¡Estoy perdido!

DUQUESA.

Traidor, os habeis quitado la máscara. Salid, hombre pérfido, y que no os vuelva á ver en mi vida. (*Aparte.*) Mi resolucion está tomada. (*Se sienta á la mesa y escribe.*)

OSCAR.

Querido tío, habeis jugado con dos barajas, pero no habeis ganado. No olvidaré lo que os debo mientras lleve la señal de vuestra destreza en el manejo de la espada.

CONDE.

¡Mi destreza en el manejo de la espada!... No la he desenvainado.

BARON.

Seguirá negándolo todo. Apuesto, conde, á que no confesais aun que sois el agente secreto.

CONDE.

Baron, la broma es muy pesada, cuando sois vos el tal agente.

BARON.

¿Yo? Hay pruebas, conde...

CONDE.

De que sois el...

BARON.

¿Negais todavía?

CONDE.

¿Negais vos?

BARON.

¿Que sois vos?

CONDE.

¿Que sois vos?

DUQUESA.

Que cese el altercado, señores: el asunto está arreglado en esta carta que envio al duque. (*Sale Roberto.*) ¿En dónde está el duque?

ROBERTO.

En su gabinete, Alteza, (*sale Netchen*) conferenciando con su agente secreto. (*Sorpresa general.*)

BARON.

¡Es increíble!

CONDE.

¿Cuántos agentes secretos hay pues en la córte? (*Sale el duque.*)

DUQUE.

Ahora no hay ninguno, conde, el último acaba de dejar el palacio.

BARON.

¡Alabado sea Dios!

DUQUESA.

Mi querido Victor, leed esta carta que acabo de escribir. (*Le entrega una carta.*)

DUQUE, leyendo.

« Mi querido Victor, despues de haberlo reflexionado bien, he resuelto descansar de los afanes de la vida política, y os prometo no intervenir en lo sucesivo en ningun asunto de Estado, bajo la condicion de que ninguno de los miembros del gabinete actual conserve su cartera. » (*El conde y el baron se estremecen y se apoyan uno en otro.*)

DUQUE, despues de haber leído.

Se cumplirán vuestros deseos, mi querida madre, pues son precisamente los de mi agente secreto, quien me dice en este informe, que es el último, lo siguiente: « Es hora ya de que esos dignos servidores de su pais natal queden autorizados para dispensarse de todo trabajo. » Me recomienda, conde, que os conceda una pension liberal con el gran cordon del Asno de oro; (*El conde se inclina*) y á vos, baron, la canongía de director general de los caños de agua. (*El baron se inclina.*) Finalmente, me aconseja tambien que dé mi mano á mi prima Ernestina, que desde hace tiempo posee mi corazon.

DUQUESA.

¡Ernestina, mi sobrina!

ERNESTINA.

Que será muy dichosa, querida tía, si cambia su título de sobrina por el de hija.

DUQUESA.

¡Ah! Victor, en realidad me haceis muy feliz. No sospechaba yo que amábais á Ernestina.

DUQUE, tomando la mano de Ernestina.

Y sin embargo, parece tan natural.

OSCAR, aparte.

Es bien extraño. (*Al duque.*) No creía yo tener la honra de ser el rival de Vuestra Alteza. Pero que Vuestra Alteza no tema nada. Mañana me vuelvo á Paris, donde me recibirán, con los brazos abiertos (*Aparte*) mis acreedores.

BARON, aparte.

¡Director general de los caños de agua!... ¿Se habrán burlado de nosotros?

CONDE.

Pido mil perdones á V. A... la señorita Ernestina no recibía con agrado los homenajes de mi sobrino... Pero ¿no habría aquí algun error?...

DUQUE.

Sí, lo hay, por vuestra parte.

CONDE.

Me doy por satisfecho. (*Aparte.*) Principio á creer que he merecido el cordon del Asno de oro. (*Sale un lacayo con una carta que entrega al conde.*) ¿Qué es eso? No me interrumpais, no estoy ahora para recibir cartas.

EL LACAYO.

He pensado, Excelencia, que siendo del agente secreto...

CONDE.

¡Del agente secreto!... ¿Qué mas quiere aun? (*Toma la carta, la abre, y el lacayo se retira.*) ¡Ah! Es un epílogo del agente secreto. (*Al público.*) Quiere ser el último que hable.

BARON.

En eso se conoce que es una mujer.

CONDE.

Veamos (*lee*).

EL EPÍLOGO DEL AGENTE SECRETO.

Aquí el papel se acaba
Del personaje austero,
Que invisible y presente
Al grado de los sucesos,
Ha hecho fracasar planes
Urdidos con misterio
Por hombres egoistas,
Ambiciosos ineptos.
Hoy ya que en otras manos
Residirá el gobierno;
Que habrá justicia y órden,
No anarquía y enredos,
Deja en paz á la córte
El AGENTE SECRETO.

FIN.

El Caballero del Cisne.

(LEYENDA.)

Godofredo de Bullon era tío de la princesa Beatriz de Cleves. El príncipe Roberto de Cleves, padre de esta y esposo de la hermana del héroe francés, resolvió acompañar á su cuñado á la cruzada: y á pesar de los ruegos de su hija Beatriz, lo dispuso todo para poner por obra su piadosa determinación. Godofredo quiso en un principio disuadirle de este proyecto, porque partiendo para la Tierra Santa, dejaba Roberto sola y sin amparo á su hija única, de edad entonces de catorce años escasos. Pero no hubo razones que convencieseran al veterano soldado, y á cuanto le dijeron contestó con la divisa que ya había inserito en su bandera, ¡Dios lo quiere!

Godofredo de Bullon envió á decir á su cuñado que le esperase en su castillo, y que allí se reunirían para emprender el viaje, puesto que habiéndose fijado el camino de la cruzada á través de la Alemania y la Hungría, no necesitaba rodear mucho: de este modo además podía despedirse de su sobrina Beatriz. Dejó pues su ejército, compuesto de 40,000 caballos y 70.000 infantes á las órdenes de Eustaquio y Balduino, sus hermanos, y de su amigo Rodolfo de Alost, y bajó á lo largo del Rhin de Colonia á Cleves.

Hacia seis años que no veía á la jóven Beatriz; en este intervalo se habían desarrollado sus formas y sus encan-

tos: tan bella llegó á ser, que todavía en el pais para encomiar á una mujer perfecta suele decirse: Hermosa como la princesa Beatriz.

Hizo nuevos esfuerzos Godofredo para conseguir de su cuñado que se quedase con su hija. Pero todo fué en vano, porque el príncipe tenía ya tomadas todas las medidas para acompañar al futuro soberano de Jerusalen.

Un escudero llamado Gerardo, famoso por su fuerza y su valor, fué el escogido para proteger á la princesita, y se le dieron al efecto todos los derechos de tutor y el poder de mandatario.

Pero Godofredo, que sin duda por inspiracion divina deploraba aquellas disposiciones, regaló á su sobrina un rosario traído de Tierra Santa por Pedro el Ermitaño, tocado en la santa tumba de Nuestro Señor, y bendito por el reverendo padre guardian del santo sepulcro. Pedro el Ermitaño se le había dado á Godofredo como un talisman sagrado que gozaba de propiedades milagrosas, y Godofredo aseguró á la doncella que si le amenazaba algun peligro, no tenía mas que tomar aquel rosario, rezar con devocion y recogimiento, y que él oiria, donde quiera que estuviere, y aunque le separasen de ella mares y montañas, el sonido de la campanilla que pendía del piadoso símbolo. Beatriz recibió con reconocimiento el precioso rosario, cuya virtud solamente conocían su padre, su tío y ella, y pidió permiso al príncipe para fundar una capilla que encerrase dignamente en un buen tabernáculo tan rica joya. Excusado es decir que esta solicitud le fué concedida.

Partieron los cruzados, y una inscripcion trazada á la puerta del castillo de Cleves indica que fué el 3 de setiembre del año 1096. Atravesaron pacíficamente y sin oposicion la Alemania y la Hungría, llegaron á las fronteras del imperio griego, y despues de haberse detenido algun tiempo en Constantinopla, entraron en Bitinia. Se dirigian á Nicea, y no era posible equivocarse el camino porque estaba indicado por los osamentos de los dos ejércitos que habían precedido al suyo, el uno conducido por Pedro el Ermitaño, el otro por Gauthier Sansargent.

Llegaron á vista de Nicea, y no nos entretendremos en referir los pormenores de este sitio. Al tercer asalto fué muerto el príncipe Roberto de Cleves. Seis meses tardó esta noticia en atravesar el espacio é ir á cubrir de luto á la princesa Beatriz.

El ejército continuó su camino hácia el Mediodía con tales fatigas y padecimientos, que á cada ciudad que descubrian los cruzados preguntaban si era ya la ciudad de Jerusalen. A tal extremo llegó el calor, que los perros y losalcones se caian muertos de fatiga, y en una sola parada murieron 500 personas de sed: ¡Dios tenga sus almas en descanso!

Durante aquella larga y dolorosa marcha, los recuerdos de Occidente se representaban á los infelices cruzados, y Godofredo, afligido por la muerte de su cuñado Roberto de Cleves, solía hablar de él con frecuencia á su jóven amigo Rodolfo de Alost, y deplorar los peligros á que se vería expuesta su encantadora sobrina Beatriz. Confiado en que esta no dispondría de su mano sin su permiso, esperaba el general cristiano, si la santa empresa no le detenía demasiado tiempo en Palestina, unir á Rodolfo con Beatriz, y con tanto calor se la había encomiado al jóven guerrero, que este se había enamorado no mas que de la imágen.

Llegaron por fin á vista de Antioquía. Despues de un sitio de seis meses fué tomada la ciudad, pero á las marchas bajo el influjo de un sol abrasador, á la sed del desierto sucedió un azote no menos terrible; el hambre. No había medio de permanecer en aquella ciudad que se había considerado como un puerto de salvacion. Jerusalen llegó á ser, no solamente un objeto, sino una necesidad. Los cruzados salieron de Antioquía y marcharon sobre la ciudad santa, que descubrieron por fin al llegar á las alturas de Emaus. Eran 40,000 hombres, de los 90,000 que habían salido.

Al día siguiente comenzó el sitio: tres asaltos infructuosos se sucedieron: tres días hacia que duraba el último, cuando por fin el viernes 15 de julio de 1099, el día y á la hora misma en que fué crucificado Jesucristo, dos hombres llegaron á lo alto de las murallas. Pero el uno cayó y el otro se mantuvo de pié: el que quedó de pié fué Godofredo de Bullon; el que cayó Rodolfo de Alost, el futuro esposo de Beatriz. Este suceso desvaneció el dorado sueño del vencedor.

Godofredo de Bullon fué elegido rey, sin cesar por eso de ser soldado. De vuelta de una expedicion contra el sultan de Damasco se le presentó el emir de Cesarea y le ofreció frutas de Palestina. Godofredo, crédulo en demasía, comió una manzana y á los cuatro días, el 18 de julio del año 1100, cesó de existir despues de once meses de reinado y cuatro de peregrinacion.

Pidió que colocasen su tumba junto á la de su amigo Rodolfo de Alost, y sus postreros deseos fueron ejecutados.

Estas noticias iban unas tras otras á resonar en Occidente, y de todos los ecos que despertaban, el mas doloroso era sin duda el que gemía en el corazon de Beatriz: sucesivamente había sabido la muerte del príncipe de Cleves, su padre, la de Rodolfo de Alost, su prometido esposo, y la de Godofredo de Bullon, su tío. La menos dolorosa de estas tres noticias era la de la muerte de Rodolfo, á quien no había conocido; pero las otras dos la hacian dos veces huérfana, pues perdiendo á Godofredo de Bullon perdía á su segundo padre.

Un tormento nuevo se unió á los que ya desgarraban su alma: en los cinco años que habían trascurrido desde la partida de la cruzada hasta la muerte de Godofredo, Beatriz había crecido en belleza; era ya una encantadora doncella de diez y nueve años, y había echado de

ver que aquel escudero, á quien estaba confiada, no era insensible al sentimiento que inspiraba á cuantos se acercaban á ella. Sin embargo, mientras la quedaba un defensor, Gerardo había sepultado su amor en el fondo de su alma; pero así que se declaró á Beatriz, esta recibió semejante declaracion como debía recibirla la hija de un príncipe; pero Gerardo, antes de quitarse la máscara había tomado sus medidas: contestó á la doncella que la concedía un año y un día para luto, pero que pasado este tiempo se preparase para recibirle como esposo.

Compléta había sido la trasformacion; el criado dictaba órdenes á su señora. Beatriz era débil, estaba aislada, sin defensa: ningun socorro podía esperar de los hombres, y por tanto acudió á Dios, y Dios la envió, si no la esperanza, al menos la resignacion. Gerardo por su parte mandó el mismo día cerrar las puertas del castillo, y puso doble guardia en cada una, temiendo que Beatriz intentase escaparse.

Dijimos al principio que Beatriz había mandado edificar una capilla para encerrar la milagrosa reliquia que la regalara su tío. Si Godofredo hubiese vivido no habría tenido que temer, porque su piadoso corazon la hacia creer en la promesa de su tío, de que donde quiera que estuviere oiria el sonido de la santa campanilla y correria á su socorro; pero Godofredo había muerto, y por mas que repicase la campanilla no podía esperar que aquellas vibraciones atrajesen algun defensor.

Pasaron los días y despues los meses, y en seguida el año: Gerardo, firme en su propósito, tenía estrechamente encerrada la pobre niña, y nadie sabía el apuro en que se encontraba Beatriz. Por otra parte, en aquella época la flor de la nobleza estaba en Oriente, y apenas quedaban en las orillas del Rhin dos ó tres caballeros que se hubiesen atrevido á tomar la defensa de la hermosa cautiva.

Amaneció por fin el postrer día del plazo. Acabada la oracion de costumbre, fué Beatriz á sentarse al balcon, y allí dirigió sus ojos hácia el punto de la ribera en que había perdido de vista á su padre y á su tío. En aquel mismo paraje, generalmente desierto, le pareció descubrir un objeto móvil cuya forma no podía distinguir á causa de la distancia, pero que por una extraña preocupacion se le figuró tener relacion con ella: poco á poco aquella masa que Beatriz contemplaba con la supersticion propia de los afligidos, empezó á tomar una forma, y con tanta intensidad miraron los ojos de Beatriz, que mas que el dolor la fatiga la hacia derramar lágrimas. Pero á través de aquellas lágrimas comenzó á distinguir una barca. Pocos instantes despues vió que la barca era remolcada por un cisne, y que dentro venia un caballero cuyas miradas estaban fijadas en ella. A medida que se acercaba la barca, los pormenores se aclaraban mas y mas: el cisne estaba uncido con cadenas de oro, y el caballero armado de punta en blanco: era este un gallardo jóven de unos veinte y cinco años, tez tostada por los soles de Oriente, pero de rubios y flotantes cabellos; detrás de él relinchaba un corcel caparazonado. Tan abstraída estaba Beatriz, que no había visto coronarse las murallas de soldados, sorprendidos de aquel extraño espectáculo, y la contemplacion de la jóven era tanto mas profunda, cuanto que la barca venia derecha al castillo. Así que llegó á la orilla, salió á tierra el cisne, el caballero se caló el casco, abrazó el escudo, desembarcó con su caballo del freno y saltando sobre el noble corcel, hizo una seña al ave, que obediente volvió á emprender el camino que había traído.

A cincuenta pasos de la puerta principal tomó el caballero un cuerno de marfil que llevaba suspendido al cuello, y acercándose á los labios, produjo tres sonidos robustos y prolongados como para imponer silencio, y en seguida con estentórea voz:

—Yo, gritó, soldado del cielo y noble de la tierra, á tí, Gerardo, castellano de ese castillo, te ordeno, en nombre de las leyes divinas y humanas, que renuncies á tus pretensiones á la mano de la princesa Beatriz que retienes prisionera; y que al instante salgas del castillo en que entraste como criado atreviéndote ahora á dictar órdenes: por tanto te desafío á todo combate con lanza ó con espada, con hacha ó con puñal, y con la ayuda de Dios y de Nuestra Señora probaré que eres un traidor, un desleal, y en señal de mi reto ahí va mi guante.

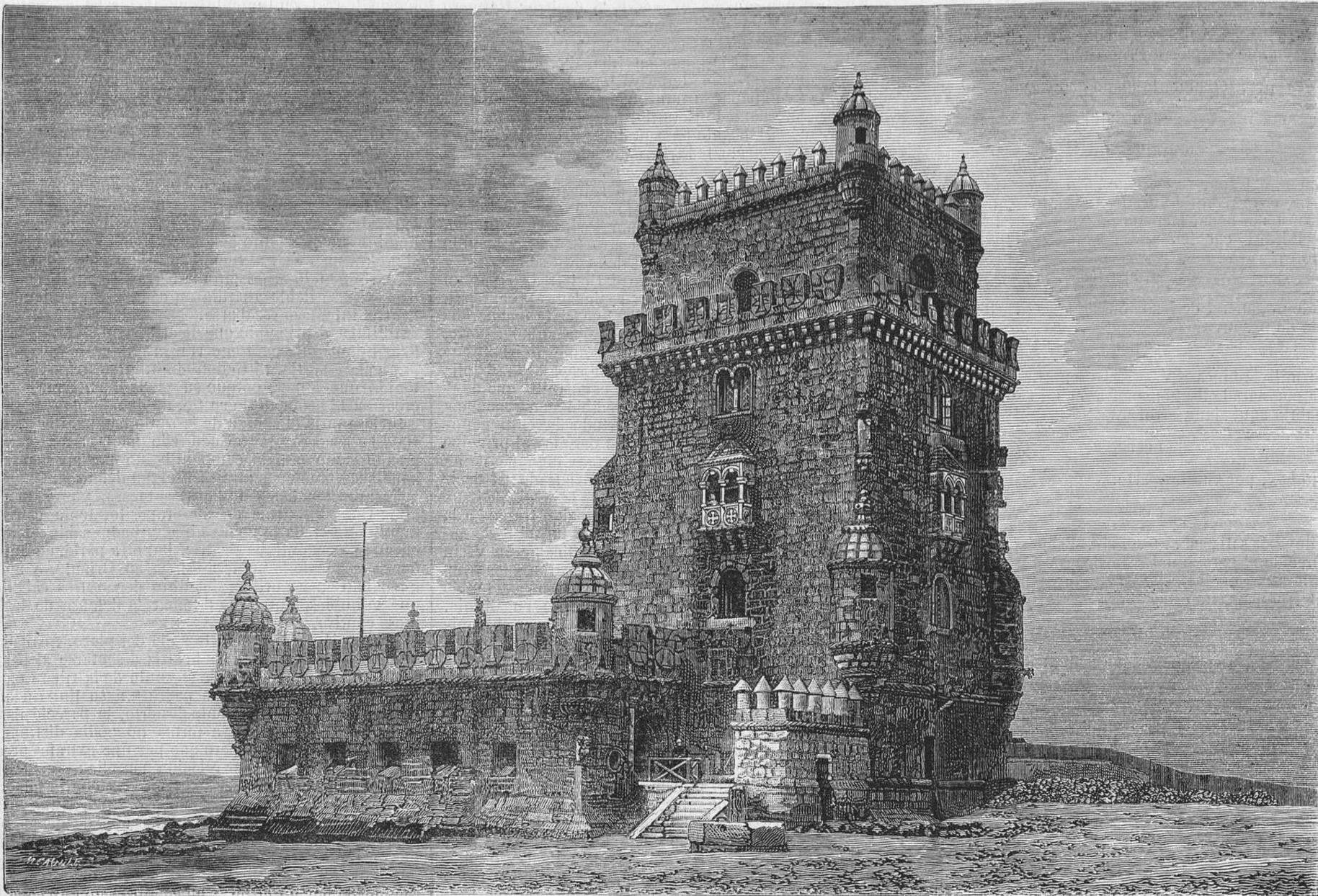
Y quitándose un guante el caballero, le arrojó en tierra, y se vió brillar en uno de sus dedos un diamante que valia un caudal.

Gerardo era valiente, y no dió mas respuesta que mandar abrir la puerta principal. Salió un page á recoger el guante, y detrás del page avanzó el castellano cubierto de una armadura y montado sobre un caballo de batalla.

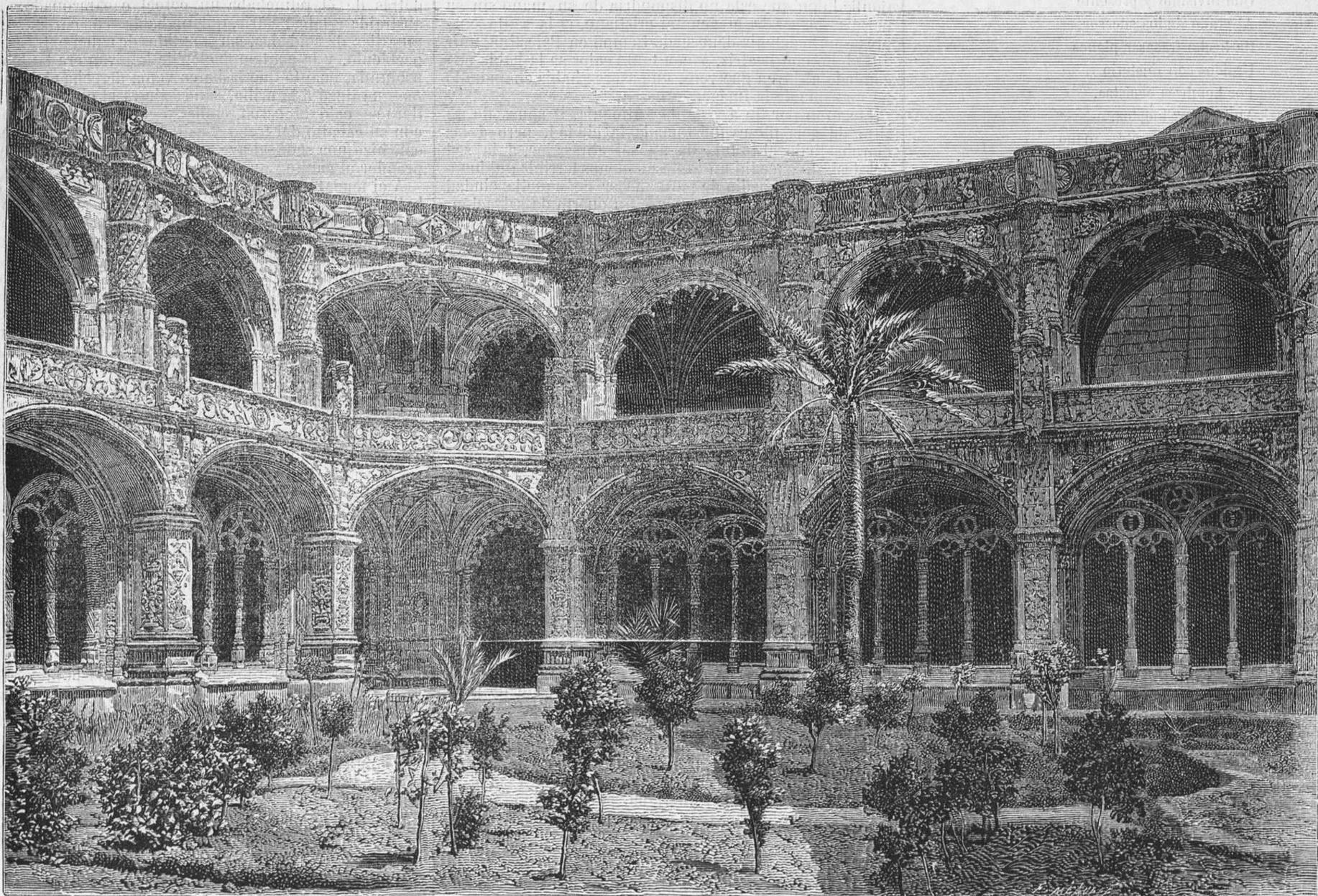
Ni una palabra medió entre ambos adversarios. El caballero desconocido bajó la visera de su casco, y Gerardo hizo otro tanto. Tomaron el campo suficiente los campeones, y enristrando las lanzas, cayeron uno sobre otro con la celeridad del rayo.

Tenia fama Gerardo de ser uno de los hombres mas robustos y valientes de Alemania: su coraza había sido forjada por el mejor armero de Colonia, y empapado el hierro de su lanza en la sangre hirviendo todavía de un toro muerto por perros; sin embargo, su lanza se quebró como un vidrio al chocar en el escudo del caballero, al paso que la lanza de este atravesó de un bote el escudo, la coraza y el corazon de su adversario. Cayó Gerardo sin pronunciar una sola palabra, sin tener tiempo para arrepentirse, y como herido de un rayo: el caballero, sin dignarse mirarle, hizo un saludo á Beatriz, que estaba arrodillada dando gracias á Dios.

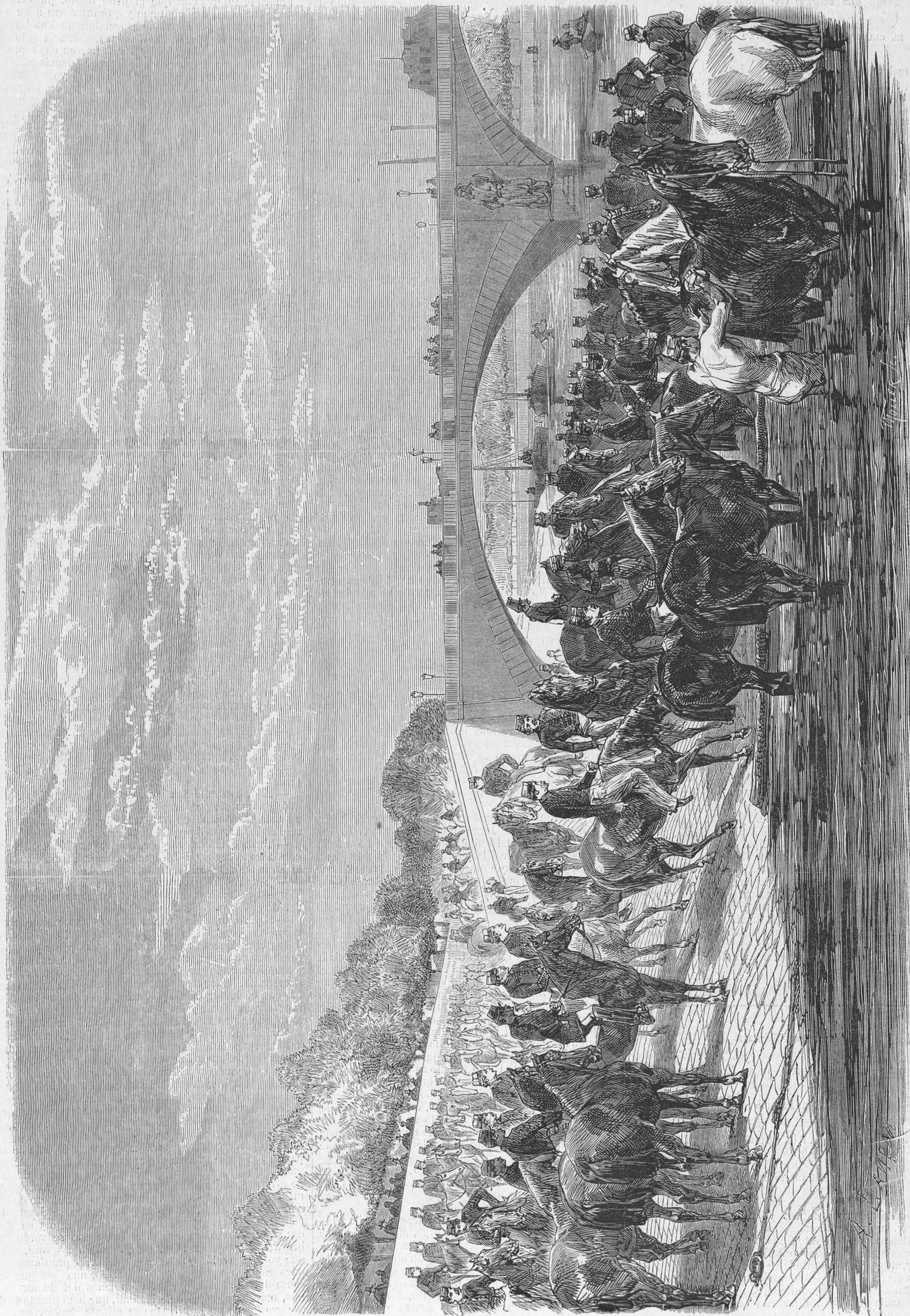
(Se continuará.)



PORTUGAL. — La torre de Belem.



PORTUGAL. — Interior del claustro de Belem



PARIS. — El baño de los caballos de la tropa, en el muelle Orsay.

La torre de Belem

Y EL CLAUSTRO DE SAN GERÓNIMO EN PORTUGAL.

Portugal es, como saben nuestros lectores, uno de los países que tienen mejores y más admirables monumentos de distintas épocas. Como muestras damos en este número la temible torre de Belem y el claustro de San Gerónimo.

Belem se encuentra á 5 kilómetros al Oeste de Lisboa en la orilla derecha del Tajo, y esa pequeña población de unos 6,000 habitantes posee un palacio, una hermosa iglesia, y ese magnífico claustro, verdadera joya arquitectónica, con sus graciosos arcos y sus ligeros, aunque siniestros recortes, pues figuran calaveras; en ese monasterio se encuentran los sepulcros de varios reyes y príncipes de la familia real, y Belem posee también esa famosa torre que domina las inmediaciones en un gran contorno; por último, tiene también muchos frailes y bastantes soldados, de modo que le queda muy poco que desear.

Lo que siempre nos ha parecido una anomalía es la profusión de detalles decorativos en los edificios religiosos. Que se eleven monumentos bajo la forma de cúpulas gigantes, de elegantes campanarios que parece rasgan las nubes, todo esto se armoniza perfectamente con la majestad divina; pero esos mil arabescos, esos cordones, esos rosetones que en nada convidan á la meditación y á la plegaria, no los hemos comprendido nunca.

La torre de Belem está en las márgenes del Tajo; pero á corta distancia del mar y en la otra parte se distingue el lazareto donde de tiempo en tiempo se hace la cuarentena.

¡Palabra espantosa! ¡Cuántos días penosos se pasan en esas cárceles convertidas en hoteles! Ser tratado como apestado y estarlo en realidad, es horrible.

El monumento no puede ser más lúgubre. El cuadrado torreón tiene en su remate cuatro torrecillas, desde las cuales el ojo escudriñador puede observar cuanto pasa en las inmediaciones: ahí está el terrado con sus troneras, y en todas partes la cruz, en las balaustradas, en las ventanas y en las bóvedas.

R. C.

El baño de los caballos en el Sena.

Hace algunos días los parisienses desocupados pueden gozar de un espectáculo que todos los años tiene efecto por esta época, y seguramente no desaprovechan la ocasión, sino que todas las tardes se apiñan en los pretiles del muelle de Billy junto al puente del Alma.

¿Qué sucede pues?

Se comprenderá con echar una ojeada á nuestro grabado. Se trata de ver cómo los caballos de la Escuela militar se bañan militarmente en el Sena.

Unas vigas sujetas á flor de agua en el río marcan los límites del teatro señalado á esas evoluciones. Hombres y animales se presentan del modo más sencillo: el caballo en pelo con un simple ronzal, y el jinete con pantalón de lienzo, chaqueta de servicio y gorra de cuartel.

Llegan en dos hileras muy apiñadas y al paso, y á la voz del oficial comandante, principia el baño, el cual consiste en dar dos vueltas dentro del agua, que rara vez se efectúan sin algún accidente. Hay caballo que se resiste, y es preciso obligarle; otro riñe con su vecino, otro, picado por no sé qué mosca, se encabrita, y cayendo luego en el agua con todo su peso, rocia gratis y generosamente al vecindario, en medio de las risas de todo el mundo, á las que acompañan algunos juramentos.

Hé ahí el espectáculo que cuenta tantos aficionados en los muelles.

C. P.

El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuación.)

— Eso está muy bien; pero yo no tengo tiempo de escucharle, repuso Santiago.

— Si defendiendo á don Adolfo, es por compasión á los dos, y debe admirarse que Monterilla haya sido su único protector, desde que ese infeliz llegó á Bogotá en la última miseria, y no queriendo alojarse en la casa que habita Emilio, porque es opulenta, se refugió en la mía, donde á nadie podía humillar con su presencia y su hábito de pordiosero con que vino, pues tal era casi el

estado á que se hallaba reducido. Sí, señor, sepa usted que el motivo que obligó á don Adolfo á cometer ese robo, fué el deseo de procurarse siquiera un vestido decente con que ir á abrazar á su hijo. Por eso robó, ¿y en dónde lo hizo? en la casa de su hijo, á quien verdaderamente no puede decirse que un padre roba. Hé aquí el criminal que he protegido y que Vds. persiguen sin piedad. Es cierto que para dar el aviso á Emilio se han cometido faltas censurables; ¿pero pueden imputárseme? ¿respondo de las acciones del Mordedor? También defendiendo á este, es verdad; mas los medios son inocentes, pues solo trato de que el doctor Témis lo salve legítimamente, porque el Mordedor está en el mismo caso que don Adolfo, y no creo que en justicia merezca castigo. Mi oficio es proteger al desvalido, y en esta ocasión solo aspiro á que el favor que puede aprovechar á don Adolfo se extienda á su cómplice, pues si el poderoso cree legítimo salvar al uno porque tiene un hijo de suposición, Monterilla cree más justo salvar al otro que no tiene esa ventaja. ¿Hay en esto algo de malo? Me detengo, señor, en decirle estas cosas, porque quiero que tratemos en paz, y Vd. se persuada de que soy un hombre de bien, sobre el que desgraciadamente se ha cebado la calumnia.

— Deme Vd., pues, dijo Santiago, pronto y en completa paz el retrato de don Adolfo.

— Sí, señor, contestó Monterilla, se lo entregaré con muchísimo gusto. Y observe cuánta confianza deposito en Vd.; dándole lisa y llanamente ese retrato.

Dicho esto, Monterilla, tirando un cajón de la mesa, sacó de allí el retrato y lo puso en manos de Santiago.

— Ahora es preciso, continuó este guardando el retrato, que Vd. me entregue una carta escrita para mí, que la Cisne dejó sobre esa mesa la otra noche.

— ¡Cómo! exclamó Monterilla mirando á Santiago con sorpresa: ¿No ha recibido Vd. esa carta todavía?

— No, señor, dijo Santiago; pero creo que la recibiré ahora mismo.

— Por supuesto, dijo Monterilla. Imagínese Vd. que inmediatamente que hallé la carta sobre mi bufete, se la remití con Jorge, mi criado, á casa de don Juan. Así es que seguramente, al momento que Vd. vaya por ella, la recibirá, pues allá deben habérsela guardado.

— No, señor, dijo Santiago; semejante carta no está en casa de don Juan.

— ¿Se ha informado Vd. bien? preguntó Monterilla.

— Perfectamente.

— No puede ser eso, dijo aquel, saliendo afanado á la puerta del cuarto y llamando desde allí á Jorge con notable enfado. No sé cómo sea esto, continuó volviéndose donde Santiago: porque Jorge es muy puntual, y ha debido llevar la carta á casa de Vd., según se lo previne.

— Vuelva Vd. á llamar á Jorge, dijo Santiago con impaciencia.

— ¡Jorge! gritó Monterilla á tiempo que aquel se presentaba. ¿Qué es esto? continuó enfadado, ¿en qué consiste que el señor don Santiago no ha recibido la carta que le remití contigo? ¿es ese el modo de hacer las cosas y de obedecer al amo? ¿así se demora la entrega de una carta que quizá es muy interesante?

— Señor, repuso Jorge, yo suplico á Vd. se sirva dispensarme, porque no lo he hecho intencionalmente.

— ¿Qué se hizo la carta? gritó Monterilla furioso.

— Diré á Vd. francamente lo que sucedió, si me ofrece no molestarse, pues le repito no ha dependido de mí este atraso.

— ¡Habla! imbécil, ¿qué se ha hecho esa carta?

— Señor, prosiguió Jorge fingiendo temor. Yo iba muy puntual á casa del señor don Santiago á llevarle la carta, cuando al llegar á la puerta de la iglesia de Santa Gertrudis, entre la gente que salía de misa alcancé á ver á la señorita Veratrina, á quien conocí al momento por la mantilla y el hábito blancos, que iba acompañada de la señorita Beatriz. Como hacia tanto tiempo que yo no veía á esa señorita...

— ¿A cuál?

— Es decir, á la señorita Veratrina, en cuya casa serví en otro tiempo, y que me trataba con suma bondad. Por tener el gusto de saludarla corrí hácia ella con el papel en la mano, pues repito que es tan buena que siempre se ha dignado contestarme con una sonrisa de tal modo agradable, que tengo mucho gusto y mucha honra en quitarme el sombrero cuando la veo y preguntarle por su salud. Así lo hice en la puerta de la iglesia; mas como iba con la carta en la mano, ella se quedó leyendo el sobrescrito mientras bajaba las graditas: lo que leyó seguramente llamó mucho su atención, porque poniéndose muy colorada, me dijo que le permitiera esa carta para ver á quién se dirigía. ¿Cómo podía yo rehusarlo? Eso era imposible, tanto más, cuanto que solo se trataba del sobre, que yo no sabía fuese secreto.

— ¡Por Dios! Jorge, me dijo luego que tuvo la carta en la mano, te suplico me digas dónde vas con este papel.

— Voy á llevárselo al señor Santiago, le dije.

— ¿Quién te lo ha dado? me preguntó en seguida con un interés muy vivo.

— El amo Monterilla, contesté.

— ¿Monterilla? volvió á preguntar extraordinariamente admirado. Pues, te ruego, Jorge, añadió con aire suplicante, que no lleves esta carta á ese señor: sé que es una persona á quien conozco, que en ella se habla de mí, y que no puede leerse sino después que muera la mujer que la escribe, ó por lo menos cuando yo esté en el convento para siempre. Por lo tanto, Jorge, no debo devolvértela; y si algún sacrificio puedo exigir de un antiguo y fiel servidor, es el de que me dejes este papel,

que acaso llegará el día en que yo misma lo ponga en manos del caballero á quien se dirige; porque tampoco ignoro el interés con que él debe leerlo, pues además de los secretos que contiene y que interesan á su corazón, hay otro que conviene especialmente á su honor.

— Imposible, señor Monterilla, me habría sido oponer resistencia á la señorita Veratrina, en cuya presencia no es fácil negarse á cosa alguna. Además guardó la carta tan decididamente en el seno, que yo no podía recobrarla sino trabando una disputa, lo que era imposible; y mas bien resolví exponerme al castigo que mereciese mi falta, y estoy por tanto, resignado á él, aunque repito, que no he tenido la menor culpa en esta desgracia.

— Eso sí que es admirable, dijo Monterilla volviéndose hácia Santiago y cruzando los brazos. No entiendo una palabra en este lance, bien que á Vd. es seguramente á quien toca saber mejor que yo lo que significa esa historia.

— A fe mía, dijo Santiago, que yo lo entiendo menos, y solamente observo que esto es extraordinario.

— Sin embargo, dijo Monterilla, Vd. sabrá lo que hace, porque nada puedo aconsejarle en el particular.

— Pero yo no conozco á la señorita Veratrina ni la he oído nombrar en mi vida, dijo Santiago.

— Yo tampoco, pues la única que conozco, y que es cabalmente una señorita de mucha consideración, no creo que sea capaz de un hecho semejante.

— La misma es, dijo Jorge; y si Vd. lo duda puede preguntárselo.

— ¡La pupila de don Salvador! exclamó Monterilla sorprendido.

— La misma, señor, contestó el criado.

— ¡Hombre, eso sí que es admirable! El señor don Santiago es muy afortunado, pues intercepta sus cartas nada menos que la joven más bella y venerada en Bogotá.

— No la conozco, repitió Santiago, ni sé siquiera dónde vive, para tratar de verla y recobrar esa carta.

— Ahora vive, dijo Jorge, con la señorita Beatriz en casa de doña Gonzaga.

— Es muy fácil, pues, continuó Monterilla volviéndose á Santiago, que vaya Vd. allí á averiguar este suceso, y exigir el papel, lo que es muy justo, á no ser que usted juzgue conveniente otra cosa. Yo envié la carta pensando pudiera ser muy urgente, escogí para ello el criado mejor que tengo y no me imaginé que pudiera arrebatársela una de las señoritas más amables... Por cierto, señor don Santiago, que yo creería en su caso, merecer por tal suceso una felicitación.

— Bien, continuó Santiago, dejemos esto y vamos á otra cosa, para concluir.

— Sí, señor, repuso Monterilla, puede Vd. mandar con franqueza.

— El último objeto de mi venida, se reduce á advertir á Vd. de parte de Emilio, que el doctor Témis no se encarga de ninguna manera de la defensa del Mordedor, y ni siquiera de la de don Adolfo.

Monterilla se quedó mirando á Santiago por un momento con una expresión de sorpresa muy manifiesta y real.

— Eso es imposible, dijo al fin, y yo no puedo creerlo.

— Pues no debe dudarle, opuso Santiago; pero puede creerlo ó no, según le parezca más prudente.

— Bien; pero esa negativa... es increíble, dijo Monterilla.

— Ella, continuó Santiago, nos ha sorprendido á todos igualmente, pero repito que es demasiado cierta, y además irrevocable en mi concepto, como todo cuanto sale de los labios de aquel hombre.

— Tanto como irrevocable, no; repuso Monterilla con confianza: aseguro á Vd. que el doctor Témis abrazará al fin la defensa del Mordedor.

— ¡Imposible! exclamó Santiago: lo que el doctor Témis dice una vez, no se lo hace cambiar ningún poder de la tierra.

— Espero, dijo Monterilla, que en esta ocasión se relajará un poco esa rigidez; porque el doctor Témis no es tan ciego que deje de conceder á sus principios, por fundados que sean, una que otra excepción cuando las circunstancias lo exijan imperiosamente. Lo único que se necesita, señor don Santiago, es que don Adolfo hable con el doctor Témis y Emilio, á fin de que los conmueva en su favor y les pida que salvándole su honor, lo dejen enmendarse. Entonces no podrán resistir, como no he podido resistir yo mismo, y la defensa será segura, así como la del Mordedor, pues este no convendría en verse condenado, en tanto que se salvaba su cómplice, y lo denunciaría sin remedio. Será preciso, pues, que haya una entrevista. Hasta ahora se había querido evitar este paso, por resistirlo don Adolfo, alegando tener que sufrir mucho en semejante escena, que por otra parte sostenía no ser indispensable: era para él un castigo terrible ponerlo delante de su hijo, y creía lo sería también para este ponerlo delante de su padre. Sin embargo; ya es preciso, y así se les pondrá, pues semejante crueldad que Monterilla humano deseaba evitar, será imputable tan solo al severo doctor Témis. A este, con todo, se le contará en el número de los amigos de Emilio, mientras yo siempre seré mirado como uno de sus perseguidores. Bien, Emilio y su padre se verán aquí mismo. Aun hay más: se verán en breve; Vd., señor don Santiago, también los verá, porque yo lo convido. Que se mejore Emilio prontamente, pues esta entrevista urge demasiado, una vez que la causa del Mordedor, por las influencias del doctor Témis, marcha con una celeridad tal, que bien pronto todo socorro puede ser inútil. Que se aliente Emilio, repito, ó que venga aunque sea enfermo, si no quiere exponer-

se con su tardanza, á que donde él vaya don Adolfo, lo que si quieren tambien se hará, porque hay resolucion de hacerlo todo.

— No, Monterilla, dijo Santiago: es en vano tener esa confianza y emplear esos medios, porque el doctor Témis no cederá nunca. Por lo menos me parece prudente suponerlo así y hallar otro recurso que salve con mas seguridad á esos dos hombres.

— Yo tambien lo deseo, dijo Monterilla, y estoy seguro que se salvarán, aun suponiendo como Vd. quiere, y como yo no puedo suponer, que el doctor Témis no ceda por ningun motivo.

— ¿De veras? preguntó Santiago con muestras de placer: ¿no podria yo saber qué medios?...

— Sin duda; y los sabrá, porque todo depende de Emilio y quizá en parte, de usted.

— ¿De mí? ¿Cómo?

— Muy fácilmente: devolviendo á la Cisne al poder de la Daifa y ganando con esto el silencio del Mordedor, que es lo que mas importa.

— ¡Vaya! dijo Santiago riéndose con rabia: no hablemos mas.

— Bien: no hablemos, y quéjense despues de mí. ¿Qué de malo hay en lo que propongo? ¿Es un crimen que una muchacha vuelva á la casa donde debe vivir? Se agotan los recursos; nadie halla salida, me piden consejo, les alumbró un partido justo, inocente y racional; á pesar de todo no hacen caso, y me reputan enemigo. Pues no, señor, no hagan lo que digo, y dejen á don Adolfo morir en un cadalso. ¿Puede haber una cosa mas fácil? Vd., señor don Santiago, va á tener muchos desengaños, y ojalá no sea demasiado tarde para Emilio. La Cisne no es lo que se cree; y recuerde que se lo dice Monterilla: recuérdelo cuando despues que usted le haya sacrificado á su mejor amigo, y al padre mas desgraciado, ya no haya remedio y fllore inutilmente su desengaño, sabiendo lo que es la mujer á quien hizo el sacrificio.

— ¡Monterilla! exclamó Santiago con rabia. He venido á su casa provisto de paciencia; mas le anuncio que ya se me va agotando á pesar mio...

— No hablemos mas sobre el asunto, interrumpió Monterilla; dejaré que hable en mi lugar el tiempo, á quien Vd. no puede amenazar.

Poco despues salió Santiago y se fué donde Emilio á darle cuenta de su comision.

— Estas cosas van á atolondrarme al fin, pensaba por la calle. Las desgracias de Emilio crecen y se complican, y al mismo paso mi felicidad se complica tambien, de tal modo, que ando ya por las calles de la ciudad como si anduviera con los ojos vendados, en un paraiso habitado por mujeres nacidas para amarme. La Cisne me ha escrito, y su carta la intercepta Veratrina. ¿Qué contendrá esa carta? ¿Quién es Veratrina? Los secretos de mi corazon y de mi honor están en el seno de una beatica de las Mercedes, y han salido del corazon de la Cisne. ¡Qué misterios tan bellos si no estuviera por medio Monterilla! Yo no conozco sino á la Cisne; de ella ha partido en este caso un hilo que llega á Monterilla... no: de Monterilla para allá, yo nada quiero. Sin embargo, Veratrina tiene interés por mí; es bella. ¡Oh! no hay duda que aquí se ofrece mucho de encantador, aunque la tal Veratrina sea solo otra pelifora como Baciliza... Pero, ¡qué malo soy! Ya comienzo á insultar á una dama que no conozco, y cuyo hábito blanco no deja de darle su poquito de elegancia, aunque á medias, y entre claustro y siglo. Basta que sea jóven: yo debo interesarme por ella y tratar de agradarla, porque es seguro que me ama... mas quizá no. Ese hábito blanco debe revelarme los gustos de quien lo lleva: ellos no están en verdad muy en armonía con los míos. ¡Qué gustos los de Veratrina! No puede querer á un elegante: eso es imposible. Si yo intentara agradarle, tendria que vestirme de monacillo para ir mañana por mi carta: estoy seguro que bajo ese traje me creeria ella un apolo de facistol. No hay remedio; Bogotá va á convertirme en un pisaverde sin ejemplo. Pero al fin la carta se ha salvado y los deseos de la Cisne quedarán cumplidos, porque aseguro que no he de leerla. Lo que sí voy á hacer es ocultar dónde está; pues si cuento la historia, me expongo á perder la ocasion de ir mañana donde Veratrina; y en eso no convengo por nada de este mundo. ¿Qué importa que la Cisne ignore todavia el paradero de su carta? ¿Qué mal puede resultar de que yo mismo vaya á buscarla, presentándome en persona á Veratrina? No, señor, debo guardar secreto por unos dias, para aspirar mejor al placer de recobrar la carta, llevársela cerrada á la Cisne y hacerle ver con ese sacrificio que soy un caballero discreto. Si no pudiese recobrarla, entonces lo pondré todo fielmente en su noticia.

Con esta resolucion llegó Santiago donde Emilio y le comunicó todo cuanto á este importaba saber de las palabras de Monterilla y del curso y resultado de aquella visita.

VIII.

VERATRINA.

Desde el dia en que Emilio, no pudiendo ya salir á la calle, encomendó á Santiago sus desagradables asuntos, fué colocada Veratrina en casa de doña Gonzaga, donde á virtud de los informes del capellan, la acogieron como á una jóven virtuosa, que debia servir de modelo á Beatriz, no solo en la vida contemplativa, sino tambien en la vocacion al claustro y á la austeridad.

Veratrina fingió pasar ese dia ocupada en rezar y en examinar su conciencia, para ir al siguiente á confesarse con el capellan, lo que efectivamente hizo en compañía de Beatriz.

Cuando volvió á la casa ya sabia, en virtud de avisos oportunos de Monterilla, que era seguro iria Santiago donde ella ese dia á recobrar su carta; por lo que, llamando á Beatriz al oratorio, le dijo:

— Hoy tengo, hermana, que cumplir una penitencia, cuya abstraccion va á privarme del gusto de orar en compañía de Vd. El capellan me ha ordenado que fllore y haga oracion la mayor parte de estas veinte y cuatro horas, sin salir del oratorio. Le supliqué me permitiera trasferir la penitencia para mañana, porque hoy debe venir un primo mio, á traer la primera pension, y querrá hablar conmigo y darme noticia de don Salvador, que como Vd. sabe, está enfermo; pero el capellan mas bien quiso permitirme recibir esa visita, que trasferir la penitencia, y por consiguiente tengo que cumplirla sin excusa.

— Eso es muy bueno, dijo Beatriz; y procuraré con esmero no interrumpir la oracion de usted.

— Nuestro capellan es muy rígido, continuó Veratrina, y por eso estoy muy contenta con él: tiene además un talento tan místico y unas ideas tan edificantes, que si todas las niñas lo hicieran su confesor, y siguieran sus sabios consejos, no quedaria una sola para el mundo donde tan lastimosamente se pervierten ó se casan.

— El capellan, añadió Beatriz, es el hombre mas sabio; y yo lo venero como á un verdadero San Francisco.

— Yo tambien, dijo Veratrina; y si no ¿á quién le hubiera ocurrido la idea piadosa que le inspiró hoy la penitencia que me impuso, y que creo ha de producir efectos admirables para mi salvacion?

— ¿Cuál es? preguntó Beatriz empezando á llorar.

— Que hoy en mi oracion represente á la Magdalena, vistiéndome con un traje que la imite lo mas que sea posible, para que así, de todos modos, pueda yo ser ante Jesucristo tan digna del perdon como lo fué aquella.

— ¡Dios mio! exclamó Beatriz alzando los ojos: yo no he sido digna, por mis pecados, de una penitencia tan edificante. ¡Dichosa Vd., añadió suspirando, á quien nuestro capellan ha juzgado mas arrepentida!

— No, hermanita; no es por eso.

— Sí: bien recuerdo que él siempre me ha dicho seré muy dichosa el dia en que como una Magdalena, verdaderamente arrepentida, me postre á los piés de Jesus, para merecer su misericordia.

— No, Beatriz, dijo Veratrina llorando tambien: es porque seguramente no he podido pintar bien al capellan mis faltas y pecados. Hoy mismo pediré á Dios su gracia para hacer una buena confesion como las que hace usted.

— Muy bien, dijo Beatriz: quédese, pues, Vd. en el oratorio, en tanto que yo, siguiendo su ejemplo, voy á pasar del mismo modo, haciendo oracion en el mayor recogimiento que me fuere posible, aunque con mi vestino mundano, pues el capellan no ha tenido á bien todavia mandármelo cambiar por el de una santa, para presentarme ante Jesucristo.

Luego que Veratrina se quedó sola, trajo su cajita; y encerrándose en el oratorio, que era un cuarto largo, y servia en parte de capilla y en parte de tocador, empezó por perfumarlo lo mejor que pudo, colocando muchas flores sobre la mesa, y derramando algunas esencias cerca de los asientos.

Puso luego sobre el altar varios libros de oracion, entre uno de los cuales, de chapas y filetes dorados, metió la supuesta carta de la Cisne.

En seguida acercándose al espejo, se soltó la cabellera, que indudablemente era su dote natural mas hermosa y que ella estimaba de preferencia, por ser adorno muy poco comun en mujeres de su gremio; se peinó de modo que los bucles naturales ofreciesen un desorden mas artificioso y encantador; se vistió de Magdalena, y se pintó con arrebol las megillas y los labios, hasta que se contempló con razon, una deidad original y seductora, á cuya vista no era posible dejase Santiago de admirarla y amarla con profundo interés.

En vez de ponerse á orar, se entretuvo en leer un libro profano, y cada vez que oía llamar á la puerta, corria á arrollidarse en el cojin del altar, tomando el libro de los perfiles dorados en su mano limpia y perfumada, para que Santiago la sorprendiese en oracion, y empezase formando de ella una idea de virtud y modestia que lo previniese en su favor.

Por fin á las doce del dia se presentó este y fué conducido al oratorio por una criada advertida de antemano.

Al sentirlo en el cuarto, Veratrina, volviendo la cara como para ver quién entraba, exclamó con sorpresa:

— ¡Él es!... ¡él es!...

Y se dejó caer en el cojin cubriéndose la cara.

Santiago la saludó con respeto y cariño.

Ella como volviendo de su sorpresa y fingiendo disimularla, se paró tímida y vergonzosa, y ofreciéndole asiento con ademan graciosamente cortés, se sentó tambien á alguna distancia, sonriendo dulcemente y con los ojos bajos.

— No me arrepiento, señorita, le dijo Santiago, de haberme atrevido á interrumpir su oracion; pero no obstante ruego á Vd. se digne perdonarme.

— Con mucho gusto, caballero, contestó Veratrina hojeando el libro.

— El motivo que me ha obligado á venir, prosiguió Santiago, me disculpa lo bastante en mi concepto; y

no tengo por qué ocultarlo. He sabido que una carta escrita para mí, se halla en poder de Vd. y deseo recuperarla para devolvérsela á la persona que me la escribió.

— Es verdad, caballero, dijo Veratrina aparentando turbacion: esa carta se halla en mi poder, y yo estoy muy lejos de negarlo. Pido, por tanto, á mi turno, perdon de haberla interceptado, y espero que si no ahora, quizá mas tarde al saber el motivo, se me disimulará una accion tan reprehensible ciertamente.

— Yo no intento, dijo Santiago con afecto, hacer cargos á Vd., antes bien, me permitirá la diga francamente, que me lisonjeo con la esperanza de que el motivo á que se deba su accion, no será demasiado adverso para quien, como yo, no puede sentir la menor pena al ver en manos de Vd. algo que ocupe nuestro comun interés.

— ¡Ah! exclamó Veratrina bajando los ojos. Ojalá que Vd. se equivocara ó que yo pudiera creer esas palabras.

— Debe creerlas, señorita; mas no quiera el cielo que yo me equivoque al pensar en aquellos motivos. Antes de verla, tal vez eso me hubiera sido indiferente; mas hoy, semejante pensamiento es horrible para mí.

— Quizá, dijo Veratrina mirando á Santiago con sonrisa, hoy ese terrible motivo le es mas indiferente.

— Me será, contestó Santiago, siempre que no sea alguno que yo fácilmente pueda adivinar.

— Sí... ¡Soy muy desventurada! exclamó Veratrina volviendo la cabeza y apoyándola en la mano. Acaso usted ha adivinado... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué vergüenza!

— No, señorita, dijo Santiago: nada he adivinado, y aun si Vd. me lo exige, procuraré no adivinar.

— ¡Ojalá! No vuelva Vd. á acordarse de mí: olvide, si es posible, esta carta fatal. Yo le ofrezco en cambio, que pronto llegará el dia en que despidiéndome del mundo para siempre, me importe poco que el mundo me aborrezca ó me desprecie, que haya un hombre que me ame y compadezca, ó se burle ingrato de mi débil corazon.

— ¿Es Vd. desgraciada, señorita?

— ¡Desgraciada!... Dios lo sabe y solo Dios tiene lástima de mí.

— No, señorita: el hombre que está á sus ojos seria muy dichoso si le fuera licito aspirar al honor de saber los pesares misteriosos de Vd., y á la dulce satisfaccion de aliviarlos.

— ¡Gracias, caballero! Para el alivio de mis penas se necesita algo mas que un hombre generoso.

— Sí: ya lo comprendo. ¿Se necesita acaso, un amante solícito y sincero?

— ¡Silencio! ¡Silencio! exclamó Veratrina volviendo otra vez á reclinar la cabeza con abatimiento.

— No, señorita: nada de silencio: los dos debemos comprendernos. La duda y el misterio no pueden existir entre un caballero leal y una jóven infeliz.

— Sí, dijo ella con amargura: la duda y el misterio se disipará entre los dos el dia en que, sepultada yo para siempre en un convento, conserve apenas un recuerdo encantador que me acompañará mientras viva... que no será mucho, añadió como llorando.

— Si no me engaño, dijo Santiago, Vd. no entra á las monjas voluntariamente.

— ¡Silencio! volvió á decir Veratrina aparentando extravagancia: no pronuncie Vd. en alta voz ese secreto terrible.

— He adivinado, repuso Santiago.

— Sí, contestó Veratrina: ha adivinado Vd. y no tengo por qué ocultarlo al caballero á quien se dirigia esta carta.

— ¿Y quién la obliga á Vd. á entrar á las monjas?

— La desesperacion, señor.

— ¡Usted desesperada! exclamó Santiago con interés; ¡Vd., de cuyos labios debe salir esa ilusion consoladora! ¡Vd. desesperada!...

— Sí, repitió Veratrina: estoy desesperada y hace mucho tiempo que lloro en vano las penas de mi corazon y la triste soledad de mis dias venideros.

— ¡Oh! ¡Si fuera yo digno de que Vd. me hablase con franqueza!...

(Se continuará.)

M. Enrique Meiggs,

CONSTRUCTOR DE LOS FERRO-CARRILES DE LOS ANDES (PERÚ).

No solo las armas y los descubrimientos científicos ensazan á los hombres, sino tambien las grandes empresas de utilidad pública y las obras filantrópicas. El hombre cuyo retrato publicamos, merece, bajo este doble concepto, un testimonio de gratitud: M. Enrique Meiggs es á la vez un trabajador incansable en la obra del progreso, y un gran filántropo.

De edad de cincuenta años, alto de estatura y vigorosamente configurado, es un hombre de noble y severo aspecto, cuya acogida seduce á todo el mundo; sus maneras son afables y distinguidas. Hijo de la grande república americana, comparte su fortuna y su vida entre las obras del progreso y las de la beneficencia. Despues de haberse mezclado en las empresas mas importantes de su pais, se ha consagrado desde hace muchos años á

los grandes intereses de las repúblicas del Pacífico. Chile fué la primera que llamó su atención. Las grandes dificultades que presentaba el ferrocarril de Valparaíso á Santiago, habían desanimado á todo el mundo cuando M. Meiggs puso manos á la obra, y el mejor éxito coronó sus esfuerzos mucho tiempo antes de la fecha prefijada para la entrega de la línea.

La fama de M. Meiggs se había extendido al Perú en ocasión en que el presidente Balta entró en el poder con esta idea: « Fundiré los fusiles para hacer rails. » El señor Balta llamó á M. Meiggs, á quien había conocido en Chile, y desde aquel día se han introducido en el Perú grandes mejoras. M. Meiggs se encargó inmediatamente de la construcción de la línea del puerto de Islay á Arequipa (30 leguas), y dícese que la inauguración tendrá efecto en julio próximo, antes de los tres años estipulados para terminarla. El capital realizado del empréstito de 300 millones emitido por el gobierno peruano, debe ser entregado á M. Meiggs, quien se ha encargado de dotar al Perú de una gran red de vías férreas.

Las dos principales líneas del Perú, tanto por su importancia como por las dificultades que presentan, son las del Callao y Lima al Oroya, y la prolongación de la de Arequipa á Puno y Cuzco. Entrambas líneas se hallan en construcción desde enero último, y la inauguración de las obras se hizo con gran solemnidad. Cada una de estas líneas debe recorrer un trayecto de cerca de 60 leguas, y entrambas llegarán en las cordilleras á una altura de cerca de 5,000 metros. Actualmente se concluyen los estudios para enlazarlas con otras ciudades del interior del país, y para prolongarlas hasta el mas próximo de los afluentes navegables del Amazonas. Antes de cinco años M. Meiggs ten-



M. E. MEIGGS constructor de los ferro-carriles peruanos.

drá la gloria de haber atravesado e primero los Andes con una locomotora, y de haber puesto en comunicación por una vía mixta los dos Océanos.

Pero todo esto no debe hacernos olvidar que M. Meiggs es un gran filántropo. Con efecto, en él respira el espíritu de Peabody. Nuestros lectores de Chile y del Perú le conocen hace ya largo tiempo, pues no hay en esos países un desgraciado que no tenga que contar algun rasgo de su liberalidad. Podríamos citar muchos; pero nos limitaremos á recordar uno de los mas característicos. Las víctimas del terremoto de 1868 se acordarán siempre que el mismo día en que llegaba á Lima la fatal noticia, M. Meiggs se apresuró á enviar 40,000 pesos fuertes.

En suma, como creador de grandes obras ó como hombre de bien, se podrá decir que pasó, según la palabra de la Sagrada Escritura, haciendo e bien: *Transit benefaciendo!*

M. G. L.

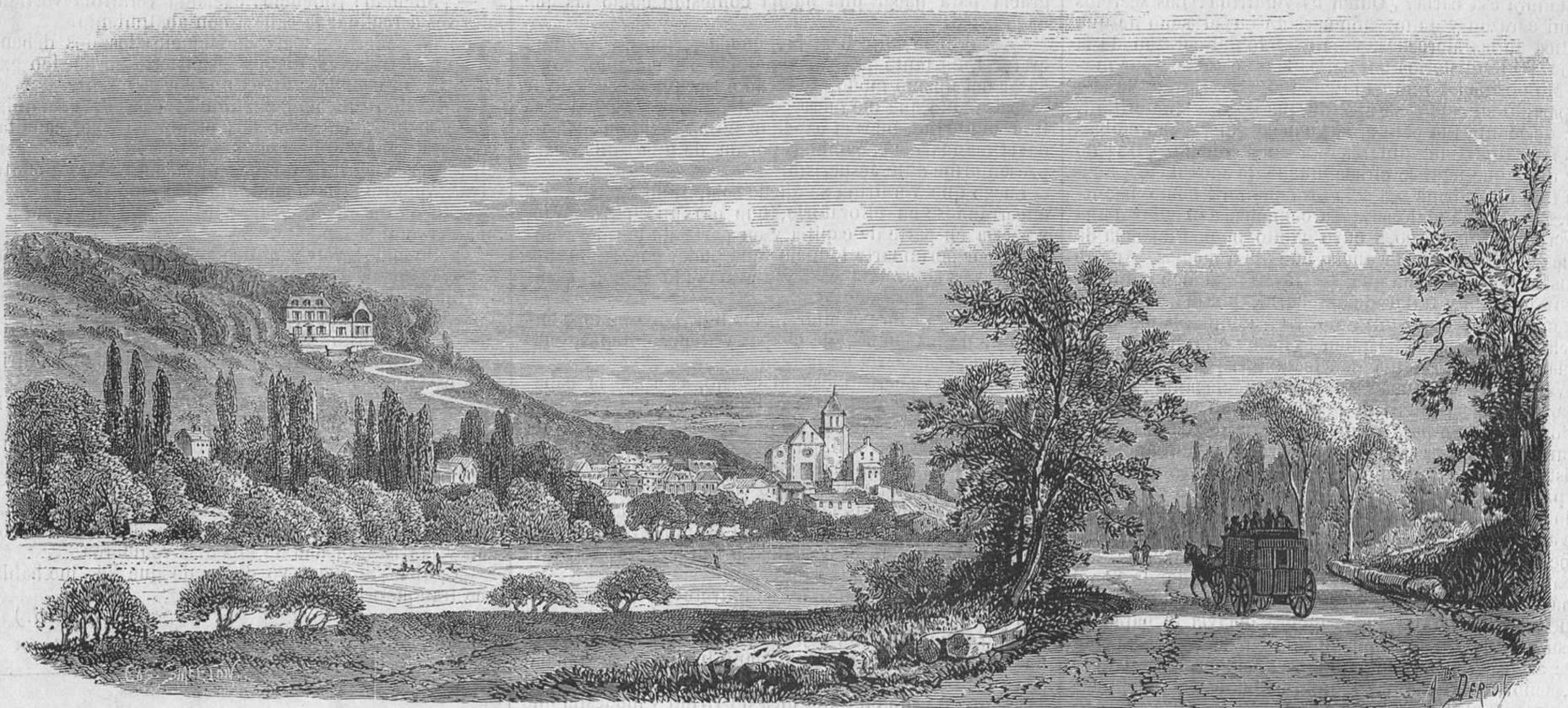
Una aldea desconocida.

¿Quién la ha descubierto?

Eso es lo de menos: lo que sí diremos, es que el descubrimiento es muy reciente.

El nombre de la aldea es Vauhallan.

No se vaya á buscar en los Alpes ni en los Pirineos. ¡Oh! No, se encuentra á cuatro pasos de París, en las inmediaciones de Palaiseau, y se llega á ella por una línea de omnibus inaugurada últimamente: dentro de poco será, á no dudarlo, una perla mas añadida á las perlas que componen el rico collar de la campiña parisiense.



LAS CERCANIAS DE PARIS. — El valle de Vauhallan.

Vauhallan es, en efecto, un sitio precioso, es un mundo en miniatura cerrado á los visitantes como el valle de los brillantes del marino Sindbad. Nada de ruido. El progreso camina allí lentamente, lo que se comprende muy bien: de cara al pasado y de espalda al porvenir, solo retrocediendo se adelanta. ¡Oh, Vauhallan! *Vallis Herrlandi!* ¡Valle del Señor de la tierra! ¡Lugar encantado!

Todos los relojes de Vauhallan retrasan.

Por eso falta poco para que se haya quedado atrás unos cien años. Y sin embargo, lo repetimos, Vauhallan es una joya.

Y es de advertir que este pueblo ignorado, perdido entre sus cuevas de carácter abrupto, tiene una historia que se pierde en la noche de los tiempos merovingios.

Fué fundado por Childeberto I, su iglesia es del siglo XIII, y su cripta del siglo VI. Tuvo su casa señorial, de la que se conservan algunas ruinas, y entre sus señores se cuentan algunos de nombre célebre, como el famoso Enguerrando de Marigni, que por capricho de Felipe el Hermoso, fué el alto justiciero de Vauhallan, antes de ser, por el de Luis el Hutin, el simple ajusticiado de Montfaucon.

Esto es para los amigos de curiosidades históricas;

ahora, para los aficionados á la bella naturaleza, es cosa muy distinta. Es una campiña incomparable, sitios pintorescos indescriptibles; cuevas desde cuya cima se descubre el mas espléndido panorama; bosques, prados, arroyos; por todas partes deliciosos nidos ofrecidos al dulce *far niente*; senderos solitarios, sombra, frescura y silencio.

Tal es la aldea de Vauhallan: ninguno de los que la visiten dirá que hay exageración en esta pintura que acabamos de trazar de corrido, después de nuestra excursión á tan bella campiña.

C. P.